

La Ilustración Artística

AÑO XV

BARCELONA 10 DE AGOSTO DE 1896

NÚM. 763



PADRE ANTES QUE EMPERADOR, cuadro de A. Assolant
(Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los suscriptores de la Biblioteca Universal el tomo tercero de los correspondientes al presente año, que es la preciosa novela de Luis M. de Larra *¡Si yo fuera rico!*, con ilustraciones del reputado dibujante Alejandro de Riquer.

SUMARIO

Texto. — *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *La rendición de Breda*, por R. Balsa de la Vega. — *El paraíso del diablo (Recuerdos de Monte-Carlo)*, por Juan Buscón. — *El pan sin rima. Cuento obscuro*, por Manuel José Quintana. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Dos anónimos*, novela original de Florencio Moreno Godino, ilustrada por José Cabrinety (conclusión). — *Los dos vuelos del luquense D. Vicente Lunardi*, por Teodoro Baró. — *Augusto Kekulé*, por X. — Libros enviados á esta Redacción.

Grabados. — *Padre antes que emperador*, cuadro de A. Dautant. — *La rendición de Breda*, cuadro de Velázquez. — *El paraíso del diablo. Recuerdos de Mónaco*, dibujo de St. Retchan. — *Los dos caminantes*, cuadro de Julio Girardet. — *Descenso*, dibujo de A. Forestier. — *Un calvario en Cataluña*, cuadro de Laureano Barrau. — El ilustre escritor francés *Edmundo de Goncourt*. — El célebre filólogo, historiador y arqueólogo alemán *Ernesto Curtius*. — El cardenal *Rafael Monaco La Valletta*, decano del Sacro Colegio. — *Los dos vuelos del luquense D. Vicente Lunardi*, cuadro de Antonio Carnicero, perteneciente á la colección de Ossuna. — *Augusto Kekulé*, eminente químico alemán. — *¡Pobres padres!*, cuadro de C. E. Stewart.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

El problema de Grecia. — Preferencias de toda la civilización por el pueblo fundador de la cultura humana. — Comparación de la Grecia y sus pueblos al comienzo del Cristianismo y del Imperio con la Grecia y sus pueblos de hoy. — Amor de los romanos por Grecia y amor siempre de todos los hombres. — Los errores y faltas de la Grecia moderna no empecen al culto nuestro. — Creta. — Creta en la historia. — Ministerio ejercido por esta isla en pro de la cultura universal. — Sus pretensiones hoy. — Temores de guerra europea. — Cuestiones de Creta y Macedonia. — Las evoluciones y no las revoluciones. — Conclusión.

El problema de Grecia vuelve á surgir y á plantearse llevando en sus términos una gran parte de nuestra verdadera suerte y de nuestros eternos destinos. Durante los tiempos antiguos, como durante los tiempos modernos, Grecia será, no sólo el pueblo que mejor ha modelado la estatua inspirada en la organización humana, el pueblo que mejor ha comprendido en las edades clásicas el prototipo de nuestra personalidad. Grecia, fiel á sus ideas, doquier ha visto una pavesa de libertad, hasta bajo los cesáres latinos, se ha inclinado del todo á reanimarla, porque la libertad era el resplandor de su alma. Yo no puedo verla hoy, considerarla hoy, sin acordarme de lo que fuera cuando comenzaban el Cristianismo y el Imperio. Grecia estaba entonces herida y despoblada. El Epiro, aquel pueblo tan libre, sólo daba esclavos al mundo; la montaña Eta, cuya cima hollaron los dioses en sus alegres fiestas, despoblada y solitaria, como el ara de un altar destruído; en la Etolia no resonaban las odas de los poetas, y los vientos, al pasar por sus desiertos, por sus ruinas, lanzaban un largo gemido, como diciendo el dolor de la naturaleza por el fin y muerte de sus más amados pueblos; la feliz Arcadia no tenía una flor por sus rientes campos, convertidos en incultos bosques; Thesalia, esa tierra querida de Apolo, se había consumido y era un verdadero montón de cenizas; Atenas, la diosa del género humano, perdurable artista de la historia, yacía en el lodazal de lágrimas y sangre que habían amasado á sus pies las crueldades múltiples de Sila, y sólo se curaba de leer é interpretar los oráculos del genio de Oriente, abandonada de su propio genio; la Mesia, cuyas armas fueran de suyo tan poderosas, yacía sin fuerzas y sin valor, muerta sobre su escudo, como sus hijos cuando caían en los combates; la hermosísima Cyteres era un peñasco solitario; las Cycladas, las islas que prestaran inspiración á tantos poetas, ideas á tantos filósofos, aquellas islas que levantarán en medio de los mares templos, esperanza de los navegantes, se habían trocado en nidos de piratas; la encina sagrada de Doudona ya no veía bajo sus ramajes aparecer á la inspirada sacerdotisa buscando con ávidos ojos la creciente nueva luna, perdida como plateada incierta nube, allá por el éter celestial; el consejo de los anfictions no se reunía para confundir las ideas y los sentimientos de todas las familias griegas; el Júpiter Olímpico tallado por Fidias, el Júpiter de marfil y oro, con su hermosura perfecta, con su frente inspirada que se perdía en las nubes, solitario y abandonado yacía en la Hélade, viviendo con las limosnas de un descendiente del Dios de los judíos, su eterno enemigo; la poesía de la naturaleza expiraba y Grecia toda extinguía el fuego de la vida suya, cuyos reflejos postreros iluminaban la frente de los pue-

blos como un sol en ocaso acompañado y subseguido de bello arrebolado crepúsculo.

A pesar de tan irremediable decadencia, todas las almas que por aquel tiempo amaban la hermosura convenían en que Grecia era la eterna musa del arte, la eterna patria del genio. Unida con Roma, tras el triunfal carro latino amarrada, su pensamiento aún era el pensamiento de los filósofos romanos; su habla, la delicia de los señores del mundo; su Parnaso, la inspiración de los poetas; sus artes, el eterno ideal del genio; sus artistas, los modelos á que aspiraban desde lejos todas las inteligencias. Cuantos corazones religiosos quedaban en los senos del paganismo, tantos iban á visitar el templo de Delfos como la cuna de su religión, como el ara más acepta verdaderamente á sus dioses. Y sobre todo, los artistas sentían que se hallaba en Grecia la miel de su inspiración, guardada entre los pétalos de aquella flor, que no habían por completo deshojado los huracanes de la guerra. Cicerón ensayaba sus períodos al compás de las ondas del Pireo, enseñándole armoniosa rotundidad; Virgilio se asentaba en los profundos valles de Colonna ó en las altas cumbres del Himeto, porque allí estaba escondida su musa, la musa del campo; Horacio en el polvo de las escuelas buscaba manantiales donde apagar la sed antigua de su genio, porque allí se hallaban aún las centellas perdidas del pensamiento humano. Así en las bibliotecas de Roma, en sus calles, en sus paseos, en la puerta Capenna, en la vía Apia, resonaba el griego como si Roma estuviese habitada por atenienses. El delirio por Grecia destruída, por Grecia exhausta, estaba entonces en su colmo. Sentíase hacia la pitonisa del mundo antiguo esa mezcla de amor y pena que se siente á presencia de un bajo relieve roto, de una hermosa estatua mutilada. La pena por su destrucción aumentaba el amor á Grecia. Mecenas un griego semejaba; se había en sus escuelas educado Augusto; amábala Tiberio y se pedía por sus ruinas; Claudio llamaba el griego y el latín las dos lenguas por excelencia; y no había en Roma, entre la grande aristocracia del genio y del nacimiento, quien dejase de ir una vez en su vida, por lo menos, como peregrinando, á la incomparable é insustituible Atenas. Pero quien amó sobre todos á Grecia fué Nerón. El amor de este tirano á la patria del arte fué, como su amor á la poesía, desenfrenado, exaltadísimo, loco. Parece imposible; mas algo de lo sucedido entonces ahora mismo sucede. Grecia no ha correspondido á las esperanzas en ella puestas por sus numerosos reudentores. La libertad y la independencia no le han devuelto su antiguo estro. Ha comprometido en aventuras á su gobierno y llegado en sus relaciones mercantiles hasta la bancarrota. Los partidos parecen facciones en lo enconados. Su administración adolece de un despilfarro que compite con el despilfarro turco. Ha pedido reyes al Norte para estar en paz, cuando parecía una planta indígena de aquel suelo sacratísimo la República. Y sin embargo, no obstante tales errores y culpas, todos nos volvemos á Grecia, cuando cualquier contrariedad la prueba ó aflige, y todos deseamos que recabe su antiguo territorio, reconstituyendo su nacionalidad, ya que no puede reconstituir su gloria y su esplendor.

Así no surge cuestión alguna en Grecia sin que todos acudamos á pedir el restablecimiento de su nacionalidad como seguro de su independencia. Y las pedimos, nacionalidad é independencia, no tanto por interés que tengamos en ver un pueblo libre más entre los pueblos; las pedimos por gratitud á quien todavía consultamos en la forma de nuestras artes y en la expresión de nuestro pensamiento. Nada indica el descenso de una generación en la escala de sus transformaciones progresivas, como ese olvido ingrato del bien allegado por esfuerzos de otras generaciones, que cede al cabo en provecho nuestro. No pueden ser las generaciones cultas como las gentes bárbaras, y han por fuerza de reconocer la deuda sagrada de agradecimiento que tienen á una contraída con la madre de todas, con la divina Grecia. Por eso interesa tanto la cuestión de Creta. Esta isla siguió en el mundo suerte análoga con la suerte del territorio helénico, al cual pertenece como al planeta el satélite y como al sol el planeta. En la historia del pensamiento humano, los cretenses cumplían un destino maravilloso y desempeñaban un ministerio sublime. Allí, en aquella tierra de bendición, las inspiraciones orientales se templaban para pasar á Grecia y continuar urdiendo así el hilo de la idea humana universal, que forma con su complicada urdimbre nuestra vida. La isla de Creta es en la historia como anillo nupcial de Oriente con Grecia, como eslabón capitalísimo en la serie y cadena de los tiempos, como instante misterioso del enlace de unas civilizaciones con otras civiliza-

ciones. Sin Creta, ó las ideas del Oriente hubieran devorado á Grecia, ó Grecia hubiera destruído estas ideas sin provecho alguno de la cultura humana. Por los dogmas religiosos venidos del Asia perdieron su larva y se levantaron en alas de la helénica inspiración á metamorfosis y transformaciones nuevas. Creta templaba la radical antítesis entre Oriente y Grecia. Así, en cuanto Creta concluyó este ministerio, bajó en importancia. Por el primer siglo de nuestra era diríase que se había en el olvido anegado, como la poetisa de Lesbos al pie del cabo Léucades. Aquella isla, tan dotada de naves al terminar la República, no tenía una embarcación al venir el Imperio. La guerra de los piratas habíala destrozado, como la guerra de Sila destruyó el Atica, y la guerra de César la Thesalia, y la guerra servil, por último, la Sicilia. El pueblo más avezado al mar entre todos los pueblos clásicos no contaba con un solo barco; y esta misma triste miseria imperaba sobre todas las islas y colonias griegas por aquellos días, excepción hecha tan sólo de Bizancio, quien presentía y presagiaba ya que iba en los medios á cumplirse para el mundo moderno análogo ministerio con el cumplido por Creta para el mundo antiguo; pues así que la humanidad necesita ó anhela una idea nueva indispensable á su progreso, Dios entrega siempre á un pueblo predilecto el secreto de la perpetuidad de nuestra vida y la llave misteriosa del destino.

Evoco esta grandeza histórica de los pueblos griegos porque presta una importancia desmedida de suyo á la política oriental, complicada con toda la política europea y expuesta siempre á producir una conflagración en Europa. De plano y en principio se resuelven todas las cuestiones como se resuelven los problemas algebraicos, dejándoles á sus términos el desarrollo natural y lógico. Que la isla de Creta pase á reincorporarse con su natural metrópoli; que forme parte integrante, como las islas Jonias, de la nación á quien está confiado el destino de presidir la raza helénica, nada más lógico, nada más natural, nada más rigurosamente matemático. Queremos que las islas formen cuerpo con sus correspondientes metrópolis en el derecho universal humano; y como Creta pertenece á Grecia por su raza y por su lengua y por su historia y por su geografía, queremos verla reincorporada con Grecia. Pero dicho esto, debemos añadir como deseamos también que, por precipitar un desenlace de la cuestión ya sabido, y por querer fuera de sazón y oportunidad traerlo, no tropecemos en culpas y errores políticos, tras cuyos efectos inmediatos estallarían por una indeclinada consecuencia la guerra universal. Y no estamos para guerras. El mundo necesita de paz en absoluto. Y nadie nos ha dicho que, yendo tantas veces como va el cántaro á la fuente, no se rompa; y levantándose, como se levantan á cada paso, cuestiones orientales, no sobrevenga el conflicto. Los intereses de Rusia en Creta son unos, y son otros los intereses de Inglaterra. Por más que haya querido esta última desinteresarse del Oriente continental europeo, no lo ha logrado, y un paso más de Rusia en los dominios turcos, parecido al que últimamente ha dado en Manchuria y China, encendería la inhumana conflagración. Por una parte Austria se halla también amenazada de Rusia, y una temeridad cualquiera cometida por ésta en el Danubio, en los Balkanes, en el mar Jonio y Egeo, habría de equivaler á un rompimiento entre los dos imperios. Luego la cuestión de Creta no aparece única y sola en Oriente; hállase complicada con la cuestión de Macedonia, y la cuestión de Macedonia complicadísima con la paz y con la libertad en los Balkanes. Repito respecto de Macedonia lo tantas veces afirmado respecto de Creta. Para mí esta región del Norte griego pertenece á Grecia, como le pertenecen las islas del Archipiélago; y no habrá justicia en el mundo como no se dilate la Grecia futura desde los desfiladeros donde naciera el helenizador por excelencia de Oriente, Alejandro, hasta los islotes donde cantara el padre de la cultura helénica, el poeta Homero. Mas precisa comprender que tienen sobre Macedonia pretensiones análogas á las pretensiones griegas los servios, fortalecidos hoy con el apoyo de la familia montenegrina, y los búlgaros, hoy reconciliados con su eterna protectora, la Santa Rusia. Y Macedonia, Egipto, Armenia, Creta, perturbadísimas por igual, ofrecen demasiadas dificultades á un tiempo para que no tropezáramos en alguna y nos rompiéramos la crisma. Creta hoy tiene demasiado seguro el objeto de sus ansias para que no se conforme por lo pronto á pedir aquello que rezan en pro suyo los tratados, y una vez recabada y establecida por observancia de éstos la Constitución de Halepo, su garantía y seguro, no deje á la evolución de los hechos y al curso de los tiempos su completa victoria.

San Sebastián, 1.º de agosto de 1896.



LA RENDICIÓN DE BREDA

12 (?) de agosto de 1629

Célebre cuadro de Velázquez, existente en el Museo Nacional del Prado

Pertenecía Breda á Carlos V y pasara con los Estados de Flandes á Felipe II. Cuando en el reinado de éste se inició la insurrección de los Países Bajos, la *Liga*, á cuyo frente estaba el príncipe de Orange, resolvió oponerse por todos los medios á que Felipe destruyese unos y desconociese otros derechos, fueros é inmunidades, sujetando á aquellos Estados al poder inquisitorial. Con tal oposición á los designios del rey creían — según ellos — servir mejor á los intereses de Felipe y de la patria.

Los españoles arrebataron varias veces la ciudad al poder de los rebeldes, siendo en 1581 el duque de Parma el que arrojó de Breda á Orange y los suyos. Once años más tarde, Mauricio de Nassau, á cuya familia pertenecía Breda en concepto de baronía por la rama femenina, se apoderó de nuevo de la ciudad, más que por la fuerza de las armas por medio de un audaz golpe de mano. El duque de Parma se encolerizó de tal modo cuando supo el desastre, debido á la falta de una defensa vigorosa, que mandó degollar á los principales jefes de la guarnición, salvándose del castigo únicamente tres, que probaron que en nada intervinieron.

Treinta y seis años estuvo de nuevo Breda en poder de los rebeldes á España, hasta que en 1626, después de un cerco de diez meses, durante los cuales los sitiados esperaron en vano la ayuda de los confederados y de Richelieu, tomó de nuevo la disputada ciudad el célebre marqués de Spínola.

* *

Dicho lo que antecede á guisa de recordatorio (aun cuando creo que no hiciese falta á gran parte de los ilustrados lectores de este periódico), paso á diseñar desde el punto de vista histórico, siquiera sea ligeramente, la principal figura del célebre cuadro de Velázquez.

Contaba el marqués de Spínola á la sazón de la toma de Breda cincuenta y cuatro años. Pertenecía á una de las familias más ricas, nobles é influyentes de Génova, y figuraba en el partido gibelino. Entusiasta de la ciencia militar se dedicó á estudiarla, y como su hermano Federico, se puso al servicio de España. Formó y pagó á sus expensas un ejército de nueve mil hombres y partió para Flandes, donde hubo de encontrar y batir al célebre capitán Mauricio de Nassau, después de socorrer en el grave aprieto en que se encontraba al archiduque Alberto.

Muerto su hermano Federico, el marqués de Spínola fué nombrado por Felipe III jefe del ejército de los Países Bajos. Sus victorias, debidas á su admirable pericia y á su valor, fueron numerosas; dis-

tinguiéndose siempre como altamente humanitario. Esto por lo que corresponde al militar, pues Ambrosio Spínola es digno también de la gran admiración con que le distingue la Historia, porque además de general expertísimo fué un diplomático de gran talla, como lo probó contestando á Enrique IV de Francia, quien le interrogara acerca de sus proyectos contra Mauricio de Nassau (del cual era secreto aliado el francés), queriendo «sacar de mentira verdad.» Spínola leyó la intención del rey y le contestó de tal modo, que el monarca dijo algún tiempo después, viendo los desastres del de Nassau: «los otros me engañan mintiendo, este italiano me ha engañado con la verdad.»

Tal era el hombre que Velázquez hizo figurar en lugar preeminente en el famoso cuadro que hoy conmemora esta *efeméride*.

* *

He creído preciso esta ligera noticia biográfica para que mis lectores puedan apreciar en todo su valor la obra del inmortal artista, cuya reproducción ilustra este artículo. Ahí está el vencedor de Breda, ocupando el centro derecha de la composición. Brilla en la expresiva fisonomía del de Spínola una sonrisa de majestad y de magnanimidad al propio tiempo. La desnuda cabeza del vencedor se inclina caballerosamente, contestando al movimiento de amargo pesar del vencido, que le entrega las llaves de la plaza. La elegante y noble apostura del marqués de Spínola es por sí sola la revelación de un genio comprendiendo á otro. Nada más noblemente sencillo que el ademán con que el general de los famosos tercios extiende la mano derecha para detener en el acto humillante de entregar las llaves de Breda al general enemigo Justino de Nassau, convirtiéndolo en amistosa, escena tan dramática y que tan hondamente mortifica al militar que se mira en trance tan duro. La expresión de gratitud que en el rostro del vencido se pinta al contemplar la simpática y *sugestiva* fisonomía del marqués de Spínola y al advertir el ademán de éste, es un prodigio de observación psicológica, mejor dicho, de adivinación, puesto que Velázquez no fué testigo presencial del hecho. Lo que hay, sí, en abono de la verdad de la escena — y aquí entra la razón de por qué conmemoro hoy este cuadro — es que, además de haber servido de modelo al célebre artista el mismo vencedor de Breda, Velázquez concibió ó debió de concebir el cuadro en su primer viaje á Italia. He aquí cómo un notable escritor y crítico de arte, mi querido amigo Jacinto Octavio Picón, habla respecto de la génesis de *La rendición de Breda*: «A 10 de agosto de 1629 (1), servido por su fiel esclavo Pareja, se embarcó en Barcelona. Sin que nadie pueda tildar de aventurada la sospecha, en la travesía de allí á Venecia debió de conce-

(1) Cinco años escasos del hecho histórico.

bir la disposición del cuadro *Las lanzas*, luego encargado por el rey, porque á bordo de la misma nave iba el general Ambrosio de Spínola, vencedor de Breda.» «¿Cómo no había el soldado de referir al pintor su empresa más gloriosa? Le contaría cómo fué la rendición de la plaza, la entrevista con Justino de Nassau, la entrega de las llaves, la formación de aquellos grupos de vencidos sin humillación, de vencedores sin orgullo, y hasta le haría concebir la idea de aquel espacio libre que separa unos de otros, dejando ver la dilatada y verde llanura que se pierde entre el celaje anubarrado, el humo de las hogueras y los vapores de la tierra húmeda.»

De 1644 al 48 es el cuadro del cual vengo ocupándome. Pertenece por lo tanto á la mejor época del gran pintor, cuando ya todas sus facultades de artista y cuando ya sus ideas eran claras y fijas respecto del arte, de las cosas y de las personas. Así, pues, en este cuadro, más conocido acaso por el título que el vulgo le dió de *Las lanzas* que por el suyo verdadero, admíranse todas las condiciones excepcionales que avaloran la obra pictórica del yerno de Pacheco. Allí vense un dibujo admirable, una composición irreprochable (condición que, según mi entender, no siempre brilla en los cuadros de Velázquez), un ambiente grande del aire libre á pesar de estar pintadas las figuras en el taller, una perspectiva aérea sorprendente y un color no superado; todo esto por lo que atañe á la técnica, que respecto de la interpretación de la escena, del cierto psicológico que á propósito del estado de ánimo de cada uno de los principales personajes se mira en los rostros de éstos, especialmente de la majestad *sin orgullo*, como dice Picón, con que supo representar á Spínola, tan sólo cabe admirar; que la crítica al cabo tiene también por misión decir á las gentes cuándo la obra de arte alcanza aquel grado de belleza ante el cual ha de rendirse todo sentimiento que no sea el de la admiración.

Llámase á este cuadro el cuadro de *Las lanzas* por aparecer éstas dominando á las demás armas y formando parte importante de la composición.

R. Balsa de la Vega

EL PARAISO DEL DIABLO

(RECUERDOS DE MONTE-CARLO)

Mientras el tren se ponía en marcha para recorrer la breve distancia que separa á Niza la bella del minúsculo principado de Mónaco, examiné con curiosa mirada á mis compañeros de viaje.

Eran cinco: dos damas y tres varones. De aquéllas la una ofrecía uno de los más curiosos ejemplares de esa raza femenina inglesa que se encuentra á cada paso en los *sitios cosmopolitas*: en los Alpes y en los Pirineos; en Spa y en Ginebra; en Roma, en Nápoles y especialmente en esas incomparables costas del Mediterráneo, en esa deliciosa *Côte d'azur* que los

súbditos de Su Majestad Británica consideran como cosa expresamente creada por la Naturaleza para el consumo inglés. Era una mujer vieja, de una fealdad inverosímil, flaca como un huso, provista de unos dientes que semejaban teclas de piano usado, de unas antiparras de vidrios azules, de una peluca rojiza y de una de esas vestimentas indefinibles que sólo se elaboran al otro lado del Canal de la Mancha. Viajaba solita y parecía en aquel momento absorta en la lectura del *The Standard*, sin desviar un segundo las miradas del papel para fijarlas en la encantadora perspectiva que se desarrollaba al paso del tren.

La otra dama ofrecía el más completo contraste con la primera. Joven, linda, graciosa, vestía con elegantísima sencillez; poseía, además del atractivo que siempre irradia toda mujer hermosa, ese poderoso hechizo que sólo algunas tienen, y que nace, ora de la expresión de sus ojos, ora de su sonrisa, con frecuencia de un *algo* que no es posible definir. Estaba sentada al lado de un gallardo mozo de aspecto distinguido, cuya agradable fisonomía parecía contraer de vez en cuando un sufrimiento físico ó una idea penosa: una sacudida de los nervios ó una preocupación del espíritu. Ella le hablaba en voz baja envolviéndole en la mirada de sus grandes ojos azules; y él hacía evidentemente un esfuerzo para escuchar y contestar á las observaciones de su gentil compañera.

Los otros dos viajeros eran: un señor gordo, semblante vulgar y aire tonto — más tarde supe que era un senador, — y otro de rostro inteligente á quien había visto dos ó tres veces en Niza: en el teatro y en la *Promenade des anglais*. Había sido el último que entrara en el vagón; apenas instalado, sacó un diario del bolsillo, y como estaba sentado á mi derecha, pude observar sin indiscreción alguna que mi vecino disponíase á leer el artículo de fondo de *El Imparcial*.

— Por lo visto, la política madrileña le interesa á usted más que este bellissimo paisaje, dije sin tomarme el tiempo de pensar si mi interpelación podía ser ó no inoportuna y bachillera.

Miróme el vecino, echóse á reír y repuso:

— ¿Qué quiere usted? Este paisaje es bellissimo, no hay duda, pero me lo sé de memoria, y aunque la política de nuestra tierra resulte muy poco atractiva, tengo curiosidad por saber lo que dice este diario acerca del último incidente parlamentario.

Pero la curiosidad política de mi adlátere y compatriota no pasó de ahí; metióse el diario en el bolsillo y nos pusimos á charlar como es de ley entre españoles que se encuentran en país extranjero. Al apearnos del tren tras aquel corto viaje que no dura más de 30 minutos, D. Cosme de M. y yo éramos buenos amigos; habíase él brindado á servirme de cicerone por aquellos andurriales, absolutamente desconocidos para mí, pero que él «se sabía también de memoria» ofrecimiento que acepté contento y agradecido, y echamos á andar, haciendo yo el papel de oyente, charlando mi guía por los codos.

— ¿Se ha fijado usted en nuestros compañeros de viaje?, me preguntó pasando su brazo bajo el mío y señalando á la gentil pareja, á la vieja inglesa y al señor de aspecto bobo que se dirigían, como nosotros, hacia la *sortie*. ¡Qué tipo tan exquisito esa lady!.. ¿eh?

— ¿La conoce usted?

— Sí, señor; es una millonaria de Bristol que se pasa la mitad del año en Monte-Carlo: cultiva la ruleta con una obstinación verdaderamente británica, pero al mismo tiempo con una prudencia loable. No arriesga nunca más de dos luises diarios, á razón de cinco francos la puesta. Si gana, aunque sea poco, su feísimo semblante resplandece de alegría; si pierde sus dos luises, parece la imagen de la desesperación silenciosa y muda.

— ¿Y ese caballero?

— Es un senador que no ha tomado nunca la palabra. Hace tres días que llegó á Niza, y una mala tentación le habrá arrastrado hoy hacia este paraíso.

— Quizás la simple curiosidad... como á mí.

— ¡Bah!, dijo sonriendo D. Cosme; ¿no ha venido usted á Monte-Carlo con el deseo de cosquillear un poco á la diosa Fortuna?

— No, señor; el juego me da miedo y no quiero arriesgar los pocos billetes de Banco que me quedan.

— Pues yo vengo para jugar. Hace ya algunos años que me paso una temporada, tres ó cuatro semanas apuntando diariamente una docena de luises.

— ¿Y le tratan á usted bien?

— Hay de todo; pero, en fin, no puedo quejarme. Hay gentes que juegan á la Bolsa; yo prefiero la ruleta... es un juego mucho más leal, menos expuesto á timos y á engaños que aquél, y hasta menos peligroso cuando se tiene cautela y sangre fría.

— ¿Menos peligroso?.. ¡Hum!.. Me parece que podrían contarse por centenares las personas que han

dejado en la ruleta hasta el último perro chico de su fortuna.

— No le diré á usted lo contrario, replicó tranquilamente mi compañero. De eso he visto yo más de un ejemplo: mire usted, sin ir más lejos...

Y con un gesto me señalaba á la linda pareja que había venido en nuestro vagón y andaba ahora delante, á pocos pasos de nosotros.

— ¿Ve usted á ese buen mozo?.. Es el marqués de Xavailles; nobleza de primer orden, apellido ilustre, histórico, cien veces mentado en los anales militares y diplomáticos de la Francia monárquica. Tres años atrás tenía el marqués doscientos mil francos de renta.

— ¿Y ahora?

— Ahora los tiene la Sociedad explotadora de los juegos de Mónaco: la ruleta ha efectuado esa sencilla transmisión de dominio, como dicen los curiales. En pocos días ha perdido el pobre marqués los últimos cien mil francos que le quedaban, y probablemente hoy se dispone á quemar, como dicen aquí, *les dernières cartouches*. Y que quemará inútilmente... como si lo viera... Es hombre que no sabe jugar; carece de calma, de sangre fría; pierde el tino, se ciega y comete atrocidades: si diez fortunas tuviese, diez fortunas dejaría en la ruleta.

— ¿Es la marquesa esa hermosa joven que le acompaña?

— No: es una... amiga; una actriz casi célebre á quien conoció aquí mismo hará dos años y que le ayuda á soportar las amarguras de la *debâcle*.

En tanto departíamos D. Cosme y yo, llegamos al *Grand Hotel*, en donde decidí mi acompañante que debíamos dar lastre al cuerpo antes de visitar el casino y sus soberbios jardines. Sirviéronnos un excelente almuerzo por un precio fenomenalmente caro, y luego nos dirigimos hacia aquel «Templo de la Codicia y de los Desengaños» como oí que le llamaba uno de los parroquianos del restaurant que había almorzado cerca de nosotros.

Hacia un día encantador, hermosísimo. El cielo, irradiando luz, era de un azul incomparable, con tintas de ópalo que en los horizontes se confundían en suavísima entonación con los matices de aquel mar latino cuya tranquila superficie reverberaba á trechos al ser besada por los rayos del sol, como una inmensa ascua de fuego, y á trechos ofrecía una coloración intensa de esmeralda. En el ambiente flotaba un transparente vaho luminoso formado por millones de millones de dorados átomos, un polvillo de oro sutilísimo que revoloteaba en incesantes ondulaciones y entre el cual se bañaban legiones de multicolores mariposas, de brillantes insectos, de pájaros que en rápido vuelo cruzaban aquellos espacios saturados de luz y de calor.

Cuando los ojos hechizados se volvían á la tierra después de extasiarse en la contemplación del cielo y del mar, el encanto seguía creciendo. Por todas partes un derroche de verdura y de lozanía: bosquecillos de pinos, acacias y nopales, cuyas copas ondulaban suavemente, cuyos troncos brotaban sobre tapices de musgo; grupos de esbeltísimas palmeras, de fragantes limoneros, de cimbreantes sauces, y entre esa riqueza y variedad de árboles la variada profusión de flores surgiendo por todos lados; en los ribazos, en los senderos, entre las peñas, sobre el césped, junto á las cascadas: una prodigalidad de rosas, claveles, alhelfes, jazmines, violetas, cuyos matices brindaban á la vista la más esplendorosa sinfonía de colores, cuyos aromas se esparcían por el aire en oleadas de invisible incienso. Embriagábame dulcemente los sentidos en medio de tanta belleza y experimentaba todo mi ser una sensación de encanto, de bienestar indecible... que sentí de pronto caer bruscamente y extinguirse cuando allá en el fondo de tan maravilloso cuadro tropezaron mis miradas con la suntuosa mole del casino. Allí se erguía con todas las galas de su riquísima y complicada arquitectura la gran timba internacional, la opulenta casa de juego, destacándose orgullosa, insolente, como dueña y soberana de aquel paraíso terrenal. Y entonces experimenté un sentimiento de repulsión, casi de ira, pensando que de tal paraíso sólo se había apoderado una sociedad de mercachifles para hacerle servir de marco á un garito: para explotar con más seguridad una de las pasiones predominantes en el corazón humano: parecíame que un velo de una negrura intensa lo cubría todo súbitamente, apagando la deslumbradora luz del sol, sepultando en las tinieblas aquel mar de esmeralda y aquel cielo transparente; hízose la noche, y por los silenciosos jardines creí entrever en medio de espantosa obscuridad los blancos espectros de los suicidas que se deslizaban pesados con la añoranza de sus fortunas y de sus existencias sacrificadas.

Pero no tuvo tiempo mi fantasía para ahondar sus

divagaciones. D. Cosme, á quien la proximidad del *Templo* espoleaba en sus aficiones, me hizo recorrer rápidamente el parque: se paró un momento delante de un árbol para decirme: «Aquí se ahorcó hace ocho días un barón prusiano,» y luego me llevó hacia el interior del edificio.

Una tras otra recorrimos las cuatro salas de juego, vastas, magníficas, llenas de una multitud recogida, silenciosa, absorta en las prácticas del diabólico culto. La voz de los *oficiantes*, de los *croupiers*, se levantaba sola, á intervalos acompasados, para pronunciar las frases de reglamento: el sacramental *faites vos jeux*, seguidos luego del *rien ne va plus*. Algún imperceptible y vago murmullo, los ecos metálicos del oro y de la plata, una que otra exclamación ahogada al punto, turbaban únicamente la calma majestuosa del antro, aquel silencio saturado de angustias y de esperanzas, de alegrías reprimidas y de desesperaciones mudas, reconcentradas.

Busqué con la mirada á nuestros compañeros de vagón y no tardé en reconocer en la primera fila de jugadores á la vieja inglesa, cuyas manos de esqueleto tenían un temblor convulsivo cuando alargaban hacia el *cuadro* el peso duro que arriesgaba á cada invocación del director del juego. A un lado un joven pálido, demacrado, de ojos hundidos, ponía con gesto cansado, indiferente, puñados de oro y fajos de billetes sobre la mesa.

En el último salón de ruleta vi al marqués y á su compañera. Ésta se mordía los labios y cerraba de cuando en cuando los ojos, durante largo rato, para abrirlos de nuevo y fijarlos en la bolita de marfil que salía juguetona para ir á posarse sobre un número. El marqués cuyo rostro afectaba una impasibilidad marmórea, tenía delante un montoncito de luises de oro que disminuía gradualmente. Cada vez que oía cantar el número premiado, un ligero movimiento crispaba las comisuras de sus labios descoloridos y pasaba su mano fina, aristocrática, por la frente sudorosa.

— Amigo mío, puesto que usted no se decide á tentar la fortuna, creo que nos podríamos largar, me dijo dos horas después D. Cosme.

Su semblante rebotaba de satisfacción y los ojos le bailaban.

— ¿Tengo que darle á usted el parabién?, le pregunté sonriendo.

— ¡Hombre! La verdad, no me ha ido del todo mal: he empezado por perder doscientos francos y he concluído ganando dos mil y pico.

Cuando salimos del Casino, los postreros rayos del sol besaban oblicuamente el encantador paisaje que se extendía ante nuestros ojos. Allá en las últimas líneas del ocaso el globo de fuego desaparecía majestuoso y lento, llenando el firmamento de maravillosos reflejos de púrpura y oro, en tanto que por Oriente se revestía el cielo de los desmayados matices del crepúsculo y tomaba el inmenso cristal del mar un tinte plomizo, precursor del manto de la noche.

Por las puertas del atrio salían oleadas de jugadores. Entre ellos vi pasar con gesto cansado el joven de facciones demacradas en quien había fijado mi atención.

— ¡Qué ironías tiene la suerte!, me dijo mi compañero, ahí tiene usted á ese chico que es riquísimo... y tísico en tercer grado. Ayer ganó un dineral, hoy ha ganado otro; no sabe qué hacer del dinero y se muere á paso redoblado; el oro le entra por todas partes y la vida le sale por todos los poros.

Contemplé con hondísima tristeza á aquel pobre moribundo que se alejaba henchido de billetes de Banco, de oro y de microbios, y cuando le perdía de vista reparé en una pareja inmóvil en uno de los mil deliciosos rincones del jardín. Eran el marqués y su amiga: él, sentado en un banco de mármol, ofrecía la imagen del más completo anonadamiento, y su expresivo varonil semblante reflejaba una amargura hondísima. *Ella*, en pie tras el asiento, apoyaba una mano sobre su hombro y le miraba silenciosa, con compasiva ternura.

— ¡Pobre diablo!, murmuró D. Cosme, creo que hoy han acabado de desplumarle.

Nos alejamos de aquel sitio con el corazón entristecido; pero mi acompañante recobró pronto su buen humor, y volviendo á un lado y á otro su mirada satisfecha, extendiendo sus brazos como para abarcar aquel admirable panorama, que tenía en aquella hora una poesía infinita, exclamó con entusiasmo:

— Digan lo que quieran, esto es un paraíso...

Y un mulato que pasaba á nuestro lado, correctamente vestido como un *gentleman*, se volvió para mirarnos con enojo y replicar con rabioso acento, en lengua española y con dejo americano:

— Sí... ¡El paraíso del diablo!

JUAN BUSCÓN



EL PARAÍSO DEL DIABLO.-Recuerdos de Mónaco. Dibujo de St. Retchan

(Véase el artículo de Juan Buscón)

EL PAN SIN MIGA

CUENTO OSCURO

¡Madre, Madre mía!

Juana María era joven, hermosa y rica; tres fortunas que pueden hacer soberana del mundo á la mujer que las posea; cualquiera de ellas basta para ser feliz en la vida humana.

Y sin embargo Juana María era muy desgraciada. No conocía á su madre, cuya muerte había causado al nacer. Su padre era un buen señor, alto, seco, anguloso, de facciones duras, modales ásperos, sobrio en palabras y cuyas dos únicas pasiones eran su Juana María y los infinitos doblones de oro que poseía.

Dicen, no sé si con razón, que cuando nacemos aparece con nosotros la estrella que nos guía sucesivamente en el camino de la vida; la estrella del padre de Juana María debió ser de oro. Era archimillonario; en sus manos dos y dos no eran cuatro, eran cuarenta; tanta y tan profunda era su *ciencia numérica*.

Pero si el padre ganaba mucho dinero, en cambio la hija lo gastaba no privándose del menor capricho; y lo más extraño era que, cuanto más gastaba la hija, más ganaba el padre. Era una mina que no tenía fin.

Juana María pasó los primeros doce años de su vida en el mejor colegio; cuando salió de la *pensión* su educación era perfectamente completa. Hablaba correctamente cinco idiomas; cantaba envidiablemente, conocía la música y la composición, dominaba el piano y el arpa, bailaba con distinguida elegancia y era maestra en el arte de los salones. No hay para qué decir que bordaba maravillosamente, y sabía de cocina á la vez que podía guiar en su faetón dos troncos briosos.

Era una perfección. Rara avis, carbón blanco.

Porque á todas estas dotes reunía además un talento rápido y claro y una inteligencia poco común.

Pero (porque también Juana María tenía su *pero*) en medio de tanta perfección tenía un defecto, por más que muchas gentes no lo tengan por tal, un defecto que destacaba tanto más cuanto que parecía imposible que aquella niña, aquella mujer, aquel ser ideal complemento de todo lo bello tuviese falta alguna.

Sí, Juana María tenía una falta y grande, inmensa, que anulaba todas sus perfecciones.

No quería á nadie, ni aun á su padre, que tanto la adoraba.

No sabía lo que era *querer*.

¡Pobrecilla!

Tiene su explicación. Juana María, ya lo he dicho, no había conocido á su madre; habíala faltado ese ser, esa guía, esa maestra de nuestra infancia. Nuestra madre nos forma á su manera en lo moral, como nos formó en lo físico; módelas, por decirlo así, nuestro corazón, nos educa, nos rodea de esos cuidados amantes y cariñosos que se multiplican hasta lo infinito y que *sólo* una madre puede hacer llegar y hacer sentir en el corazón del hijo de sus entrañas.

A una *madre* no se le escapa la menor acción, el menor deseo de su hijo; sigue paso á paso, día por día, instante por instante, todos nuestros movimientos, facilita nuestro desarrollo, nos da su sangre, pues nos cría con su sangre, emanamos de su seno y tenemos una parte de su alma que nos entrega al nacer. Para una *madre* no hay el *yo* egoísta; ella es el hijo y el hijo es ella misma. Sin María no habría Jesús: sin la Madre no hubiera nacido el Divino Redentor... ¡Bendita, bendita sea nuestra madre!

Por eso Juana María no sabía lo que era *querer*; no había tenido quien la enseñara á querer y no podía tampoco aprenderlo. Amaba á su padre cuanto

podía y sabía; pero de aquella afección al verdadero cariño había un abismo. No era culpa suya.

Juana María cumplió diez y seis años. El padre veíase acosado de pretendientes que aspiraban á poseer aquella joya valiosa.

Jóvenes ricos, nobles, de genio, célebres en las ciencias y en las artes y en las letras, riqueza, poder, habían tratado en vano de conquistar el corazón de Juana María. Inútil empresa; su respuesta era siempre negativa.

La tacharon de egoísta, de orgullosa, de ambiciosa, y no era nada de esto. Había despreciado un príncipe extranjero, heredero de un trono, y era generosa hasta la prodigalidad.

Cuando los pobres le pedían dinero, daba con profusión, sin que á ello contribuyese el sentimiento de lo que se llama *caridad*; daba dinero porque tenía en abundancia, y al darlo no conocía ni sabía lo que daba.

La mujer que á los diez y ocho años no se siente capaz de *amar*, de *querer*, no puede gozar de la vida en toda su fuerza. El amor es la vida á cierta edad, y cuando falta el amor es prueba de que el corazón no funciona bien; está enfermo.

Esto llegó á suceder á Juana María; poco á poco desapareció de sus mejillas el sonrosado color que las matizaba, tomando su tez una blancura transparente primero, mate después. Sus ojos azules, húmedos y rasgados, se hicieron más grandes y se tornaron más brillantes como si padeciera del fuego que da la fiebre. Su pupila se dilató, y su mirada, que antes resbalaba sin detenerse en objeto alguno, se tornó penetrante, fija, pero sin expresión, sin vida.

Juana María estaba enferma; cuando su padre lo conoció abandonó todos sus negocios; aumentó su cariño, si era posible, multiplicaba sus caricias y sus cuidados solícitos. Todo era inútil.



Los dos caminantes, cuadro de Julio Girardet (Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)

El mal progresaba rápidamente. Los mejores médicos españoles y extranjeros la visitaban, mas no estaban de acuerdo en el diagnóstico.

¡Pobre padre! Ofrecía la mitad de su inmensa fortuna al que la curase..., y no había más que un médico que pudiera obrar el milagro: Dios.

Perdida toda esperanza en lo humano, y abandonado ya de los doctores á quienes ofendía con sus ofertas, llegando hasta insultarles, loco por el dolor:

— Ya que todos me abandonan, yo solo curaré á mi hija, decía.

Concibió la idea de comprar la vida de su hija adorada bajo otro cielo que el de España. Recorrió toda la Europa, llevando á su hija con los mayores cuidados.

Pensó en un largo viaje por mar, y en uno de sus yates de recreo, el mejor, y con todas comodidades fué al Asia, á la América, á la Australia...

Todo inútil; los colores no volvían á las mejillas de Juana María; su piel se transparentaba ya; sin perder nada de su belleza, parecía un ser *realmente ideal*. Todos los médicos le decían:

— Su hija de usted necesita mucha distracción; el mal está en la sangre, en el corazón, que no funciona...

Y el desdichado padre abrazaba el frágil cuerpo de su hija idolatrada, abrigándole con su propio aliento, prestándole vida con su amor: así regresó á España, loco frenético, y expirante casi como Juana María.

¿Cuál era la enfermedad de Juana María? Los médicos no estaban de acuerdo. La pobre niña, cuando la preguntaban, respondía invariablemente con dulcísima voz:

— Nadame duele, nada.

Y luego, señalando al sitio de su corazón, añadía muy pausadamente:

— ¡Siento aquí un vacío!

Cuando Juana María dejó de existir, su padre, en la demencia de su dolor, llamó á tres de nuestros célebres anatómicos para que abriesen el cuerpo de su hija, que inmóvil en su lecho mortuario parecía, más bien que un cadáver, la Venus virginal dormida...

Los doctores rasgaron su cutis, abrieron su seno, miraron y retrocedieron horrorizados.

Juana María no tenía corazón.

¿Adivináis su enfermedad? ¡Juana María no había *tenido* madre!..

¿Comprendéis este cuento?

M. J. QUINTANA

NUESTROS GRABADOS

Padre antes que emperador, cuadro de A. Dawant. — El vencedor de Jena y de Wagram está cautivo en el palacio de las Tullerías: una mano de niño le tiene prisionero, y el que no vaciló ante ningún obstáculo ni se arredró ante ningún peligro no se atreve á moverse del sillón en que permanece inmóvil por miedo de que se despierte su hijo, el heredero de su inmenso imperio que aprisiona entre sus rosadas manecitas la del poderoso empera-

dor. Un mariscal se presenta en la habitación donde duerme el niño, para recibir órdenes del soberano; pero sea quien sea el intruso y por importante que pueda ser lo que allí le lleva, forzoso le será esperar á que el tierno infante quiera despertarse y soltar á su prisionero. Al pintar esta escena de la vida íntima de Napoleón I, el celebrado pintor francés Dawant ha reflejado fielmente los sentimientos paternos de aquel

un tremendo paraguas, interrumpe sus rezos para contemplar á la graciosa pareja y quizás para advertir con su intencionada mirada á la inocente muchacha que no se deje engañar por las dulces palabras del viandante, ave de paso que de fijo no volverá á pensar en ella en cuanto otro rostro agraciado se le aparezca en el camino. Simpático por su asunto, resulta además el lienzo una pintura llena de luz y de encanto y una nota ruralista perfectamente desarrollada.



DESCANSO, dibujo de A. Forestier

Descanso, dibujo de A. Forestier. — La ascensión ha sido fatigosa, pero así resulta más agradable el descanso, sobre todo cuando el cuerpo puede reposar sobre blando césped alfombrado de flores y la vista dilatarse por un campo lleno de poesía y extenderse á un lejano horizonte, recibiendo las caricias de una fresca y embalsamada brisa, y dejando que el pensamiento vuele por la región de los más dulces recuerdos, de las más halagüeñas esperanzas, de las ilusiones más risueñas. Tal debe acontecerle á la linda muchacha del bonito dibujo de Forestier: en su actitud, en la expresión de su rostro se adivina todo esto que dejamos dicho; el estado de su espíritu armoniza con el espectáculo que le rodea, con la tranquilidad de aquel campo, con la diafanidad de aquel cielo, con la suave fragancia de aquellas silvestres florecillas.

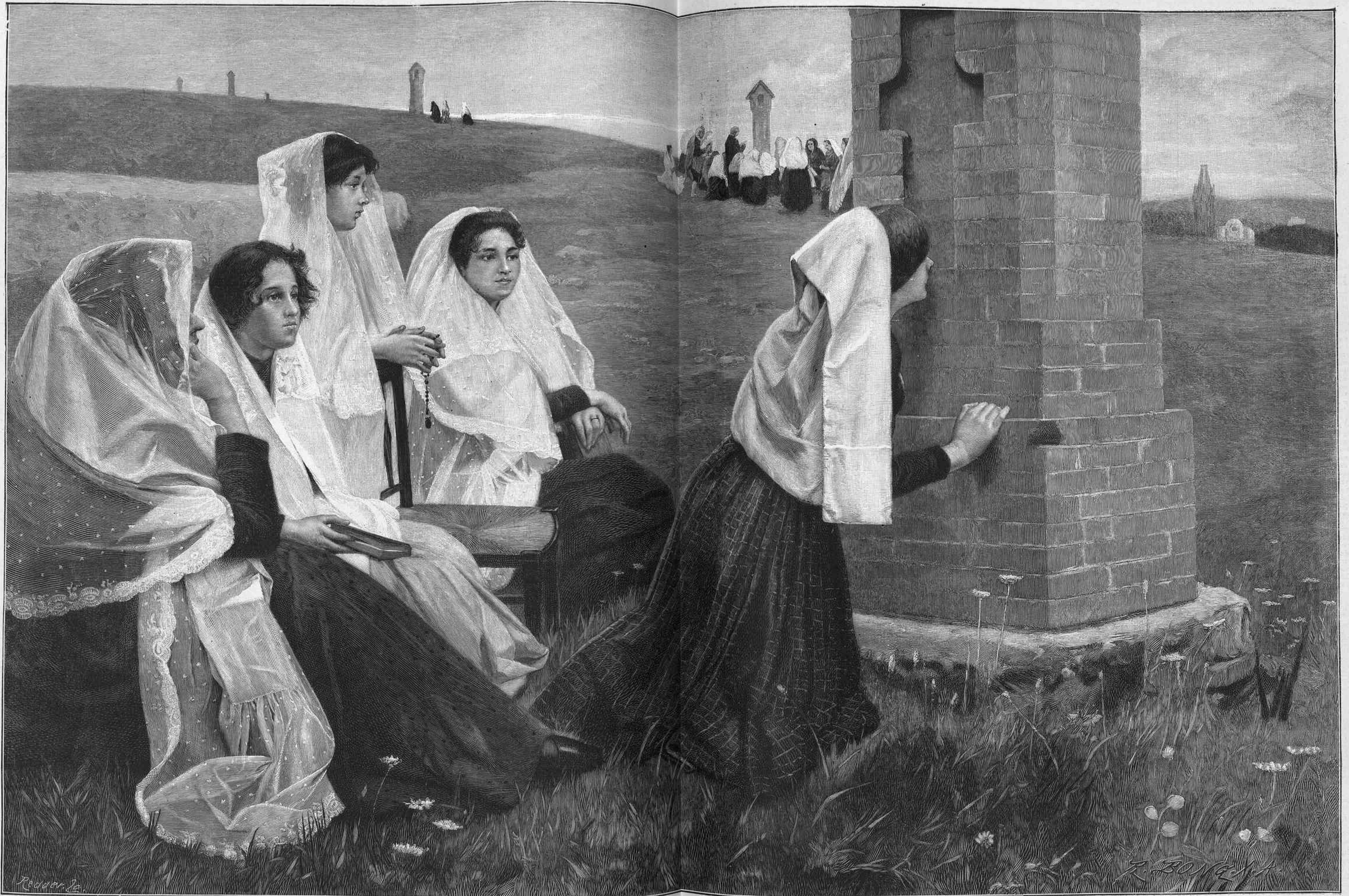
Un calvario en Cataluña, cuadro de L. Barrau. — Amante de su patria, entusiasta por su región y por las costumbres y tipos de ésta, nuestro paisano el laureado pintor Barrau no cesa de ofrecer al público de París, en donde habitualmente reside, cuadros de asuntos tomados de nuestra tierra catalana. Hace poco reproducimos el que presentó en el último Salón del Campo de Marte y que representaba una procesión en un pueblo de Cataluña; hoy publicamos otro lienzo no menos hermoso y también de cosas de nuestra comarca. Aunque los calvarios no son exclusivamente catalanes, ya que, como es sabido, son muchas las poblaciones de España y del extranjero en cuyas afueras se alza esa serie de cruces conmemorativas de la Pasión del Redentor, Barrau ha conservado en su composición todo el carácter que los calvarios tienen en nuestras aldeas, haciendo una obra eminentemente local, cuyas bellezas, así de composición como de ejecución, no hemos de encomiar, porque tratándose de un asunto de este género y de un pintor que como pocos ha estudiado y entendido el ruralismo impresionista, huelgan los elogios y basta la simple reproducción del lienzo para que sea unánimemente admirado.

¡Pobres padres!, cuadro de C. E. Stewart. — Con ser la ejecución de este cuadro admirable, no es seguramente lo que más cautiva al que lo contempla: lo verdaderamente grande en este lienzo es, sin duda alguna, el sentimiento dramático que en todo él domina y que se apodera por completo de nuestro ánimo haciéndonos experimentar una emoción hondísima. ¡Pobres padres! Su hija única, el encanto de su humilde hogar, el consuelo de todas sus privaciones, está moribunda: aquellos ojos alegres se cierran al peso de la fiebre, aquellos labios en que tantas veces se posaron los del padre bebiendo en ellos el beso que le compensaba de sus rudos trabajos, se entrecierran descoloridos para dejar paso á una respiración fatigosa y á algún débil quejido; aquella sonrosada carita se cubre de mortal palidez. Y mientras la madre rendida por el dolor da suelta al llanto, el padre, sin derramar una lágrima, pero no menos abatido que su compañera, estrecha amorosamente entre sus brazos á la pobre niña y no aparta de ella su mirada: la idea de que pronto va á perderla para siempre le hace avaro de aquel tesoro, que quiere contemplar y acariciar hasta el postrer instante. El lienzo de Stewart es altamente sugestivo; es imposible contemplarlo sin que un estremecimiento involuntario recorra todo nuestro cuerpo y sin que las lágrimas acudan á nuestros ojos. ¡Qué mayor triunfo para un artista!

coloso de la guerra y de la política; pues sabido es que el que cambió la faz del mundo é hizo temblar á los pueblos más poderosos, convirtiéndose al lado de su hijo en el más débil y paciente de los padres.

Los dos caminantes, cuadro de Julio Girardet. — El autor de este cuadro nos ofrece en él un delicioso contraste: de un lado el caminante con la alforja al hombro y el largo bastón en la mano, que suspende su marcha para decir cuatro chicleos á la linda aldeana; de otro el bueno del fraile que montado en humilde rucio y resguardándose del sol con

algun débil quejido; aquella sonrosada carita se cubre de mortal palidez. Y mientras la madre rendida por el dolor da suelta al llanto, el padre, sin derramar una lágrima, pero no menos abatido que su compañera, estrecha amorosamente entre sus brazos á la pobre niña y no aparta de ella su mirada: la idea de que pronto va á perderla para siempre le hace avaro de aquel tesoro, que quiere contemplar y acariciar hasta el postrer instante. El lienzo de Stewart es altamente sugestivo; es imposible contemplarlo sin que un estremecimiento involuntario recorra todo nuestro cuerpo y sin que las lágrimas acudan á nuestros ojos. ¡Qué mayor triunfo para un artista!



UN CALVARIO EN CATALUÑA. CUADRO DE LAUREANO BARRAU



El ilustre escritor francés EDMUNDO DE GONCOURT, fallecido en 16 de julio último

Edmundo de Goncourt.—D. Emilio Castelar en las *Murmuraciones Europeas* correspondientes al número 761 y la Sra. Pardo Bazán en su artículo publicado en el número último de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, se han ocupado del gran escritor francés, cuya muerte reciente lloran todos los amantes de la buena literatura. Esta circunstancia nos releva de insistir sobre el mismo tema; así es que hoy al reproducir el retrato de Goncourt nos limitamos a consignar algunos datos biográficos del ilustre novelista. Edmundo de Goncourt nació en Nancy el 22 de mayo de 1822, y hasta 1870, fecha en que murió su hermano menor Julio, la vida de ambos está tan íntimamente enlazada, que es muy difícil distinguir lo que a cada uno de ellos corresponde. En 1851 debutaron los dos en el mundo literario con una novela titulada *En 18...*, que pasó poco menos que inadvertida, y desde entonces hasta 1860 consagraron al estudio del siglo XVIII, publicando sucesivamente las siguientes obras: *Historia de la sociedad francesa durante la Revolución y bajo el Directorio*, *Retratos íntimos del siglo XVIII*, *Sofía Arnould*, *Historia de María Antonieta* y *Las queridas de Luis XV*. Posteriormente continuaron esta serie con *La mujer en el siglo XVIII* y *Las actrices del siglo XVIII*, extendiéndola a la esfera del arte con *El arte en el siglo XVIII* y *La obra de Watteau*. También publicaron antes de dedicarse a la novela de observación *El Salón de 1852*, *Los misterios de los teatros*, *Lorette*, *La revolución en las costumbres*, *Las actrices* y *Un coche de máscaras*. Con los *Hombres de letras*, reimpresso en 1869 con el título de *Carlos Demailly*, comienza la serie de sus novelas de observación aplicada a las costumbres y a las ideas de aquel tiempo, *Sor Filomena*, *Renata Maupérin*, *Germinia Lacerteux*, *Manette Salomon* y *Madame Gervaisais*. En 1870 murió Julio, pero las notas recogidas por ambos hermanos sirvieron a Edmundo para escribir *La doncella Elisa*, *Los hermanos Zenganno*, *La Faustina*, *Querida*, *Gavarni* y *Páginas otra vez encontradas*, obras publicadas después de la muerte de aquél, pero que deben ser incluidas en el período de la colaboración de los dos hermanos. A Edmundo solo se deben: *El diario de los Goncourt*, *La casa de un artista*, *Outamaro* y las obras dramáticas *La patria en peligro*, *Abajo el progreso*, *Germinia Lacerteux* y *Manette Salomon*. Edmundo de Goncourt falleció el 16 de julio en la quinta que en Champrosay tiene su amigo íntimo Alfonso Daudet.



El célebre filólogo, historiador y arqueólogo alemán ERNESTO CURTIUS, fallecido en 11 de julio último

Ernesto Curtius.—A la edad de 82 años ha fallecido recientemente en Berlín este ilustre sabio, cuyo retrato publicamos. Ernesto Curtius nació en Lubeck, estudió en las universidades de Bonn, Gotinga y Berlín, y en 1837 marchó a Atenas con el profesor Brandis para dar comienzo en Grecia a sus investigaciones sobre los monumentos de la antigüedad helénica. Poco después el profesor Müller llevóle de compañero durante su viaje de exploración en el Peloponeso, y cuando este famoso erudito falleció en Atenas (1840), Curtius regresó a Alemania, deteniéndose de paso en Italia. En 1841 se doctoró en la Universidad de Halle, y en seguida se dedicó a la enseñanza en Berlín, de cuya universidad no tardó en ser catedrático, encargándose de las asignaturas de Filología y Ar-

queología clásicas. Desde 1844 a 1850 fué profesor del príncipe heredero de Prusia, Federico Guillermo, consagrándose después por entero a sus estudios predilectos. En 1875, comisionado por el gobierno alemán, volvió a Grecia, firmando allí, en nombre de su patria, un tratado en virtud del cual se cedía a Alemania el monopolio de las excavaciones de Olimpia, que desde entonces ocuparon la actividad de aquel hombre eminente. En la primavera última, como premio a sus admirables trabajos, fué erigido y coronado su busto entre las ruinas de aquella antigua ciudad. Curtius deja escritas muchas y muy importantes obras, entre las cuales merecen ser citadas como principales, aparte de multitud de interesantísimas monografías, las tituladas *Peloponesos*, *Historia de Grecia* é *Historia de Olimpia*, esta última terminada pocos días antes de su muerte. Pertenecía a la Academia de Ciencias y al Instituto Arqueológico, y era director de la sección de Antigüedades del Museo de Berlín. Todas sus obras son consideradas como clásicas y muchas de ellas han sido traducidas a todas las lenguas civilizadas.

El cardenal Rafael Monaco La Valletta.—El día 14 de julio último falleció en Agerola, provincia de Nápoles, este prelado, decano del Colegio de Cardenales y uno de los purpurados *papábiles*, como se les llama, que mayores probabilidades tenía de suceder a Leon XIII. El Papa Pío IX le concedió en 1868 el capelo, y actualmente reunía las dignidades de obispo de Ostia y Belletri, gran penitenciario y arcepreste de la basílica de Letrán. Era un cardenal eminentemente italiano, lo cual no le impedía mostrarse irreconciliable con el Quirinal, como lo prueban su proposición en 1878 para celebrar el conclave fuera de Italia y su proclama cuando las elecciones de diputados en 1886.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA.—El día 26 de julio último tuvo lugar la solemne clausura de la Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas, tercero de los certámenes que con plausible acuerdo se celebran bajo la iniciativa y auspicios de la corporación municipal de nuestra ciudad. Creciente ha sido su importancia, como creciente ha sido el éxito alcanzado y la simpatía é interés que han ido despertando.

A 1298 asciende el número de las obras que han sido expuestas, correspondientes a 745 expositores, distribuidas entre las varias secciones que constituían el certamen. El importe total de las adquisiciones llevadas a cabo por la corporación municipal, diputación, sociedades y particulares asciende a la respetable suma de 125.000 pesetas, figurando entre los oferentes de premios la Reina Regente y la Infanta Isabel. Puede afirmarse, por lo tanto, que el resultado ha sido en extremo lisonjero para los artistas y para el ayuntamiento que tan nobles propósitos sustenta.

Cual en los anteriores concursos ha merecido la música preferente atención, ascendiendo a 35 el número de los conciertos que se han celebrado en el salón central del Palacio de Bellas Artes, habiéndose ejecutado, entre otras composiciones, la magistral Misa de Requiem, de Verdi.

El número de visitantes puede fijarse en 150.000.

LONDRES.—En la venta de la galería de cuadros del riquísimo diputado irlandés israelita Sir Julián Goldsmith se han adjudicado, entre otras obras, un retrato de mujer, de Reynolds, por 196.875 francos; otros dos cuadros del mismo autor, por más de 100.000; la célebre *Lady Eden*, de Gainsborough, por 131.250; un cuadro de Romney, por 80.000; el *Embarque de Jorge IV delante del White Hall*, por 52.500, y dos marinas de Turner, por 91.125 y 53.812. La venta produjo en total unos dos millones de francos.—También se ha vendido una colección de antiguas tabaqueras francesas de la época de Luis XIV, Luis XV, Luis XVI y del primer Imperio, adornadas de piedras preciosas y de maravillosas miniaturas. Una de ellas ha sido adjudicada por 35.000 francos, otra por 27.500. El precio mínimo fué de 7.500 francos. Estas tabaqueras formaban parte de la colección Hawkins.

MUNICH.—El comerciante en objetos de Bellas Artes muniquense T. Bierk ha organizado en el antiguo palacio del Reichstag de la capital bávara una exposición en extremo curiosa é interesante. Para dar una muestra de cómo el arte moderno concibe la personalidad de Jesucristo, invitó a algunos pintores eminentes a que pintara cada uno una figura del Redentor que encarnase, así en lo físico como en lo moral, la idea que tuviese formada de Jesús. Nueve artistas correspondieron a su invitación, a saber: F. Brutt, A. Kampf, K. Marr, Gabriel Max, F. de Uhde, Stuck, Zimmermann, H. Thoma y Skarbina, cada uno de los cuales ha pintado al Salvador de distinta manera, explicando detalladamente y justificando en el catálogo ilustrado de esa exposición en qué se fundan sus respectivos criterios y apreciaciones.

PARÍS.—En la Galería Petit se ha subastado recientemente la notable colección del comerciante Lefebvre. El precio más elevado ha sido para un pequeño cuadro de Millet, *La calcetera*, de 29 centímetros de alto por otros tantos de ancho, por el que se han pagado 60.000 francos: su autor lo había vendido en 800. *La danza de las niñas*, de Corot, se ha adjudicado en 29.100; *En Picardía*, del mismo, en 13.000; *Fantasia árabe*, de Delacroix, en 10.100; *La abandonada*, de Díaz, en 19.000; *El bosque de Fontainebleau*, en 10.000; *El robleal*, de Duprés, en 13.550; *Paisaje en Picardía*, de Rousseau, en 17.000, y *Laguna en un bosque*, del mismo, en 20.100.

MILÁN.—La tercera exposición trienal se celebrará el año 1897 y durará desde 1.º de mayo a 30 de junio: comprenderá tres secciones: la de pintura al óleo, a la acuarela, al temple y al pastel; la de escultura en mármol, yeso, barro cocido, bronce, madera y marfil, incluidas medallas y obras cinceladas, y la de dibujos y grabados. Cada artista podrá exponer dos obras del mismo género y únicamente serán admitidas las que tengan un carácter verdaderamente artístico é individual. Se concederán los siguientes premios: tres premios Príncipe Humberto de 4.000 liras cada uno, para las tres obras más notables de pintura y escultura; tres premios Saverio Fumagalli de 4.000 liras cada uno, uno para escultura, otro para pintura de figura, y otro para pintura de paisaje, marina, perspectiva, animales, flores, etc.; un premio Antonio Gavazzi de 4.000 liras para un cuadro histórico de un artista salido de la Academia de Milán, y tres premios de la fundación Antonio Tantarini de 2.500 liras cada uno para obras de escultura.

Teatros.—En el teatro de la Residencia, de Berlín, se ha estrenado con gran aplauso, traducida al alemán, la graciosa comedia de Busnach y Duval *Le Remplaçant*.

PARÍS.—Se han estrenado con buen éxito: en la Opera Cómica *La femme de Claude*, drama lírico en tres actos inspirado hasta cierto punto en la obra de Dumas del mismo título, que aparece mutilada y desnaturalizada en esta nueva forma, con hermosa música de Alberto Cahen; en Cluny *L'impôt sur la revue*, actualidad (así titulan sus autores lo que es una verdadera revista) en un acto de H. Gorse y J. Oudot; y en L'Oeuvre *Les soutiens de la société*, precioso drama en cuatro actos de Ibsen, uno de los más humanos y mejor contruidos del famoso dramaturgo noruego. A propósito de este drama los críticos censuran, con razón, la costumbre de algunos arregladores ó traductores de alterar esencialmente algunas situaciones de la obra original, como ha sucedido con *Les soutiens de la société*, uno de cuyos principales efectos ha sido completamente alterado en la traducción francesa.

MADRID.—Se han estrenado con buen éxito: en el Circo Colón *Los coraceros*, graciosa zarzuela en un acto, letra del señor Jiménez Prieto y música del maestro Valverde (hijo), y en el Buen Retiro *Una noche nel deserto*, ópera en dos actos del señor Urieu, que tiene piezas muy inspiradas, entre ellas el preludeo, una escena del sueño del primer acto y un dúo de tenor y tiple del segundo. En la Zarzuela está dando una serie de representaciones el eminente actor Sr. Vico, que logra grandes ovaciones y que en la representación de *Juan José* ha obtenido un éxito nunca visto, siendo delirantemente aplaudido por el público y alabado en los términos más entusiastas por la crítica.



El cardenal RAFAEL MONACO LA VALLETTA, decano del Sacro Colegio, fallecido en 14 de julio último

Necrología.

D. Manuel Predegal, notable economista español, que fué ministro de Hacienda de la República en 1873.

Manuel Ferrán, notable pintor barcelonés.

Federico Sonderland, pintor de género alemán, celebrado por sus cuadros de costumbres populares.

Sir Jorge Dasent, notable literato inglés.

Antonio Ebert, pintor de género y retratista austriaco.

Cristián Carlos Magnussen, pintor de historia alemán.

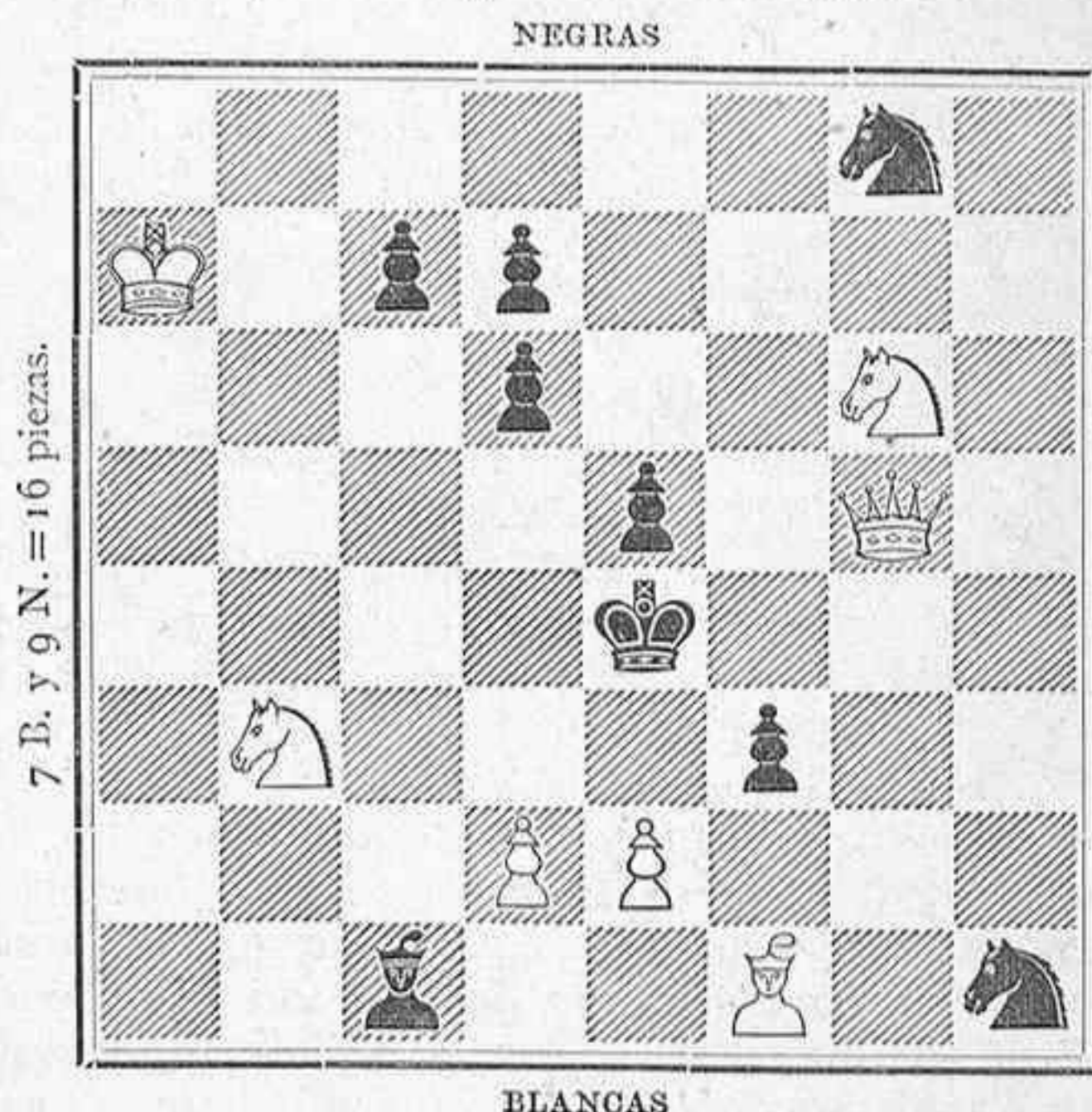
Dr. Middleton, director del Museo de South-Kensington de Londres, verdadera autoridad en materias de arte y arqueología.

Lord Lilford, célebre ornitólogo inglés.

Francisco J. Pendl, escultor tirolés.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 31, POR JOSÉ TOLOSA Y CARRERAS
(Accesit del segundo concurso de Munich)



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 30, POR V. MARÍN

Blancas.

1. C4AR
2. D6C mate.

Negras.

1. Cualquiera.



Apartó á Joaquina, que atemorizada del aspecto de su padre, se había aproximado á él...

DOS ANONIMOS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR JOSÉ CABRINETY

(CONCLUSIÓN)

»¿Qué era aquello? ¿A quién esperaba su madre? ¿Quién iba á entrar por la puerta del jardín?»

Joaquina estaba azorada de asombro: á fuerza de ser tan atropelladas sus ideas, había perdido la facultad de pensar...

A las diez de la noche, Soledad, que velaba como su hija, aunque por distinta causa, estaba sola en su cuarto, alumbrado tenuamente por un quinqué con pantalla. Tenía cerradas las maderas de las ventanas para evitar las miradas indiscretas de algún campesino rezagado, pues ya sabemos que la habitación estaba en el piso bajo; pero dejó entreabierta una por la que se veía la senda por donde debía venir Felicio. Juana de Dios y su criada estaban ya recogidas, Rosa enferma en cama, y Soledad esperaba con ansiedad la hora de la cita. A las diez y media salió sigilosamente al portal de la quinta, descorrió lentamente el gran cerrojo que cerraba la puerta de entrada y dejó abierta una hoja. Volvió á su cuarto, y cansada de sus febriles paseos, se sentó en un sillón junto á la ventana entreabierta, acechando desde allí la senda que estaba enfrente. Pero su excitación nerviosa hacía desear movimiento: le parecía que moviéndose aceleraba la marcha del tiempo. Se puso en pie, miró un reloj de sobremesa que estaba al lado del quinqué: eran las once menos cuarto. Ocurriósele entonces un recelo: pensó que á pesar de su vigilancia pudo no haber visto venir á Felicio, que como todo verdadero enamorado anticipaba la hora de la cita, ó que quizá había venido por otro lado y esperaba á que fuesen las once junto á la puerta del jardín: é influida por esta idea, abrió sin ruido la de su cuarto y atravesó la plazoleta, bien ajena á que había dos ojos que espían con ansiedad todos sus movimientos. Como la luz de la luna era tan clara, no creyó prudente continuar escuchando á la puerta, ni abrir ésta para asomarse al exterior; y volviendo al portal, permaneció allí detrás de la hoja cerrada: desde aquel sitio podía ver venir á Felicio, y hasta oír el ruido que hiciera éste al abrir la puerta del jardín, que estaba muy próxima.

Estando en este acecho, poseída de indecible inquietud, oyó un rumor lejano, miró hacia la calle central de árboles, de la que descubría un gran trozo, y quedóse atónita de espanto. Por la calle, que

alumbraba de lleno la luna, avanzaba un hombre, rasando una hilera de árboles, sin duda para recatarse. Felicio no podía venir por allí... ¿Quién era?.. Soledad azorada entróse en su cuarto y cerró la puerta...

Joaquina, desde su ventana, vió también venir á aquel hombre, y le vió antes que su madre, pues como estaba frente por frente de la calle de árboles, la descubría en toda su extensión; y se fijó en aquella sombra que avanzaba, no bien ésta transpuso la valla de madera, límite del jardín. Sintió la joven un escalofrío que serpeó por todo su cuerpo: comprendió que se acercaba el momento de lo que había de suceder, y pegó su frente al cristal para ver mejor. Al principio admitió la idea de que pudiese ser algún mozo del cortijo que traía algún recado de su padre; pero desde luego chocóla el que buscara la sombra del arbolado, como si no quisiera ser visto. ¿Sería aquel hombre el que había urdido un complot contra su madre? Quiso correr á prevenir á ésta, á defenderla; pero una especie de fascinación la clavaba á la ventana...

El hombre que venía llegó á la mitad de la calle del jardín, á un sitio en donde faltaban tres ó cuatro árboles que aún no habían sido replantados: la luna daba allí de lleno: Joaquina vió á aquel hombre con más claridad: reconoció el sombrero de anchas alas y el sobretodo claro..., era su padre. Ahogó un grito de sorpresa... ¡Su padre se había marchado de improviso de la quinta, y volvía ocultándose como un amante ó un ladrón! ¡Su madre velaba y parecía esperar á alguno por la puerta del jardín!.. La atribulada joven lo comprendió todo; no se necesitaba mucha perspicacia para comprenderlo: su padre quería sorprender á su madre: era evidente: la carta recibida por aquél denunciaba á ésta. Aun cuando Joaquina no hubiese leído muchas novelas, la situación sería clara y precisa para ella. ¿Y qué iba á suceder si su padre sorprendía á su madre en flagrante culpa? La joven se horrorizó al pensarlo, dado el carácter violento de su padre. ¡Oh, no! Era necesario salvarla, interponerse entre los dos: el amor filial se sobrepuso á toda otra consideración.

Salió de su cuarto; bajó á la meseta de la escalera, á la doble luz de la luna y de los faroles, que penetraba opacamente en el portal, vió entrar en éste á

un hombre, y cuando acabó de bajar los ocho escalones que le faltaban, vió á su padre que aún no había llegado al fin de la calle de árboles. Indudablemente el primero era á quien su madre aguardaba. Loca de temor, sin darse cuenta de lo que hacía, preocupada sólo de la idea de salvar á aquélla, tomó de la mano al hombre que había entrado en el portal y le hizo subir precipitadamente la escalera. Ya no era tiempo de hacerle marcharse, y si su padre no le había visto estaba parado el golpe. Felicio (pues era él), aunque sorprendido por aquel apresuramiento se dejó conducir. Como Joaquina, aunque no tan alta, era muy parecida en la figura á su madre, el enamorado joven creyó que era Soledad, y dijo en voz baja:

— ¿Qué tienes, María? ¿Por qué te tiembla la mano?

Joaquina no contestó. La puerta de su cuarto estaba abierta, hizo entrar á Felicio y le condujo á la pieza de tocador, en donde estaban las bujías encendidas. Ambos jóvenes profirieron una exclamación de asombro; Felicio quedóse anonadado; no así la joven, que como toda mujer en semejante caso, no perdió la serenidad. Apagó una bujía, cogió el candelero con la otra encendida, y salió á la sala, dejando á Felicio en el tocador. Hubiera querido ocultarle más, pero su pudor se resistió á hacerle entrar en su alcoba. Ya en la sala, cerró la puerta de su cuarto con cerrojo, colocó el candelero sobre un velador, arrió una silla al lado, se sentó y abrió un libro.

Momentos después alzaron el picaporte de la puerta, y viendo que no se abría dieron dos fuertes golpes.

El generoso é impremeditado empeño de Joaquina había sido inútil. Cuando asió de la mano á Felicio, el marqués desembocaba en la plazoleta del jardín, y vió en la penumbra de la escalera dos bultos que la subían. Supuso que Soledad no había querido entrar en su habitación del piso bajo por no ser sentida por su madre, y atravesando la plazoleta entró en el portal y se lanzó á la escalera. Terminaba ésta en el piso principal, pues la quinta no tenía otros. El marqués vió salir un tenue resplandor de luz por los intersticios de la puerta del cuarto de Joaquina, y alzó el picaporte, después de cerciorarse de que las otras dos habitaciones que daban al recibimiento estaban cerradas. Cuando Joaquina oyó golpear en la

puerta, no obstante su terrible emoción, comprendió que era inútil fingir que no oía, y abrió la puerta. El marqués se precipitó en la sala, abarcóla con una mirada rápida, sin pronunciar ni una palabra, tomó el candelero, abrió la puerta del tocador que sólo estaba cerrada con picaporte, dió unos pasos, y se quedó atónito al ver á Felicio de pie en medio de la pieza. ¡Felicio allí, en el cuarto de su hija! ¡Aquel joven á quien él creía tan leal y delicado había seducido á la hija de su amigo y protector! Pero ¿cómo había sido aquello, habiendo mediado tan corto trato entre ambos jóvenes? Hay situaciones en que el espíritu más perspicaz se turba, y ó el marqués rechazó la absurda idea de la complicidad de su mujer y de su hija para engañarle, ó perdió su lucidez habitual, ó más bien su mismo exceso de lógica le desorientó de la verdad. El anónimo que había recibido se refería á su mujer; pero si Joaquina había faltado á su palabra advirtiéndolo á su madre, ¿cómo ésta no había avisado á su vez á Felicio para que no viniese, y de no poder hacerlo, cómo no le habían esperado en el exterior de la puerta del jardín para impedirle la entrada? Si Felicio venía por Soledad, era absurdo que estuviera allí. El anónimo se había equivocado ó mentía á sabiendas, impulsado por inexplicable rencor hacia Soledad. No era posible explicarse la situación sino tomándola tal como se presentaba. Felicio había venido citado por Joaquina: esto era lo único lógico y admisible.

Joaquina, entrando en el tocador detrás de su padre, se había dejado caer en una silla. El marqués, mudo de asombro, miraba á los dos jóvenes pálidos y silenciosos: su aspecto revelaba su falta.

Por fin rompió el silencio, y dirigiéndose á Felicio, prorrumpió en esta frase trivial:

— ¿A qué ha venido usted aquí?

Felicio no contestó.

Entonces se volvió hacia su hija, y exclamó:

— ¡Hasta tal punto has perdido las nociones del pudor!

Joaquina prorrumpió en un grito, pero no dijo nada.

¡Qué habían de decir ni aquél ni ésta!

Felicio estaba loco de sorpresa y desesperación. ¡María era la marquesa de Criptana, la mujer del hombre generoso que le había arrancado á la muerte y á la miseria! ¡Qué horrible complicación de la suerte! Y en aquel instante le suponía seductor de su hija, y él no podía disculparse sin comprometer á la que amaba sobre todas las cosas. ¡Por qué raros caminos habían llegado todos á aquella inaudita situación! Pues ¿y Joaquina? ¡Herida en su pudor, inocente y teniendo que avergonzarse ante su padre! Y la era forzoso callar; pues de su silencio dependía la honra, quizá la vida de su madre...

El marqués daba vueltas por la pieza como una fiera que no tiene espacio. No podía disculpar á su hija ni á Felicio: aquellos amores tan breves parecíanle imprudentes: había amado á ambos; los había creído buenos y delicados; y Felicio era un miserable ingrato, y su hija había hecho lo que pocas mujeres se atreverían á hacer...

¿Y Soledad?

Soledad, cuando vió venir á un hombre por la calle del jardín, sintió un terror indecible y se refugió en su cuarto. Felicio no podía venir por aquel lado, y ella, que le vió de más lejos y que no tenía la vista juvenil de Joaquina, no había conocido á su marido. ¿Quién sería? De pronto se le ocurrió una idea razonable, que la devolvió en parte la serenidad: ó el que venía era algún mozo del cortijo que traía algún recado ó encargo del marqués, ó lo probable era que fuese Delfín, el ayuda de cámara, que aprovechando la ausencia de su amo, había hecho una escapatoria á Córdoba, ó había ido al cortijo á beber y charlar con los mozos. Sí, esto debía ser: Soledad casi lo dió por seguro. Cerró la puerta de su cuarto y escuchó detrás. Oyó ruido de pasos en el portal y en la escalera y confirmóse en su suposición. Luego sintió golpear á una puerta, y se lo explicó también: el marqués había traído otro criado, y Delfín llamaba para que aquél le abriera. No oyendo ya nada, abrió con precaución la puerta de su cuarto y salió al portal. Extrañóle que el que había entrado dejase abierta la de éste, pero lo achacó á descuido: tal vez el ayuda de cámara venía algo... *excitado*. Se situó detrás de la hoja de la derecha, que continuaba cerrada: desde allí podía escuchar y veía la puerta del jardín. Creyó oír un rumor que provenía de arriba; aunque supuso que le promoverían los dos criados, hubiera subido á enterarse; pero era el momento crítico, no podía separarse de allí, para guiar á Felicio, que no conocía la casa y que debía llegar de un momento á otro...

El marqués no sabía qué hacer ni qué decir. Proseguía pensando y moviéndose con febril agitación. Estaba poco acostumbrado á las contingencias de la vida y no sabía cómo resolver aquélla.

Cuadróse al cabo delante de ambos jóvenes, que continuaban silenciosos y casi inmóviles, y dijo con acento firme é irónico:

— En atención al presente, no quiero ahondar en el pasado. Supongo que se aman ustedes, pues sólo el amor, por más que sea tan *galopante*... como el de ustedes, puede disculpar esta indignidad...

Viendo que ambos callaban, encaróse con Felicio y prosiguió diciendo:

— Se casará usted con mi hija, y habrá hecho... una bonita especulación.

Felicio se puso rojo y después lívido.

El marqués, que esperaba una explosión de alegría por parte de ambos jóvenes, llegó al colmo del asombro al ver que continuaban en su triste mutismo.

Acercóse á Felicio, y sacudiéndole un brazo violentamente, le preguntó:

— ¿No ha oído usted que le he dicho que se casará con mi hija?

— Sí..., señor marqués, contestó aquél, dando algunos pasos hacia atrás.

— ¿Y no se le ocurre otra cosa que decir?... ¿Acaso se negaría usted?

Felicio continuó silencioso.

— ¡Hable usted, ó le mato!, exclamó el marqués, sacando un revólver del bolsillo de la americana.

El joven se retorció las manos con un movimiento desesperado.

— ¿Se casará usted con mi hija? ¡Conteste usted!

— No puedo... aceptar ese honor, respondió Felicio en voz balbuciente.

Entonces el marqués sintió un paroxismo de cólera; una nube obscureció sus ojos y una idea absurda cruzó por su mente. Aunque aquél había desmereci-

— Por última vez, ¿se casará usted con mi hija? ¡Responda usted!

— No pue...

No acabó la frase. Sonó un disparo. El joven, herido en la cabeza, dió una vuelta semicircular y cayó al suelo...

Momentos después asomóse una cabeza lívida á la puerta de la pieza de tocador, y desapareció en seguida...

Soledad había esperado y escuchado en el portal de la quinta; oyó el disparo, subió atropelladamente la escalera, penetró en el cuarto de su hija, cuya puerta sólo estaba cerrada con picaporte; atraída por el ruido de voces, llegó al tocador, en donde vió á Felicio tendido en el suelo y al marqués con el revólver en la mano. El vértigo del miedo se apoderó de aquel corazón tan padecido y de aquella organización tan quebrantada. Salió á la escalera, la bajó delirante, creyéndose perseguida de todos los demonios que su abuela había incrustado en su imaginación; corrió á la puerta del jardín que Felicio había dejado entornada, y saliendo al campo echó á correr desalada...

A la mañana siguiente todos los habitantes del cortijo buscaban á la marquesa de Criptana, desaparecida desde la noche anterior, no se sabía si por causa de fuga ó de una desgracia inexplicable.

Nada perteneciente á ella se había echado de menos. En un zarzal próximo habíase encontrado un pedazo del pañuelo de linó que solía usar, y esto hizo que se registrara todo el campo de los alrededores. Rosa, todavía débil y febril, se había levantado de la cama y buscaba con más insistencia que los demás. El instinto del cariño guióla sin duda al Barranco de



¡Ahí está!

do en su concepto, creyóle tan altivo que no quería unirse á la mujer que había deshonrado. Y él, el marqués de Criptana y su hija eran rechazados por aquel miserable á quien había recogido casi en mitad del arroyo. Apartó á Joaquina, que atemorizada del aspecto de su padre, se había aproximado á él y le echaba los brazos al cuello, apuntó á Felicio con el revólver y dijo con voz vibrante:

las Piedras, subió como pudo á la altura, costeó la hondonada escudriñando con la vista las malezas de los bordes y las piedras del fondo, llegó á un sitio en donde se destacaba una masa blanca y azul, colores del pañuelo y vestido que el día anterior había llevado Soledad y exclamó sollozando: «¡Ahí está!»

FLORENCIO MORENO GODINO

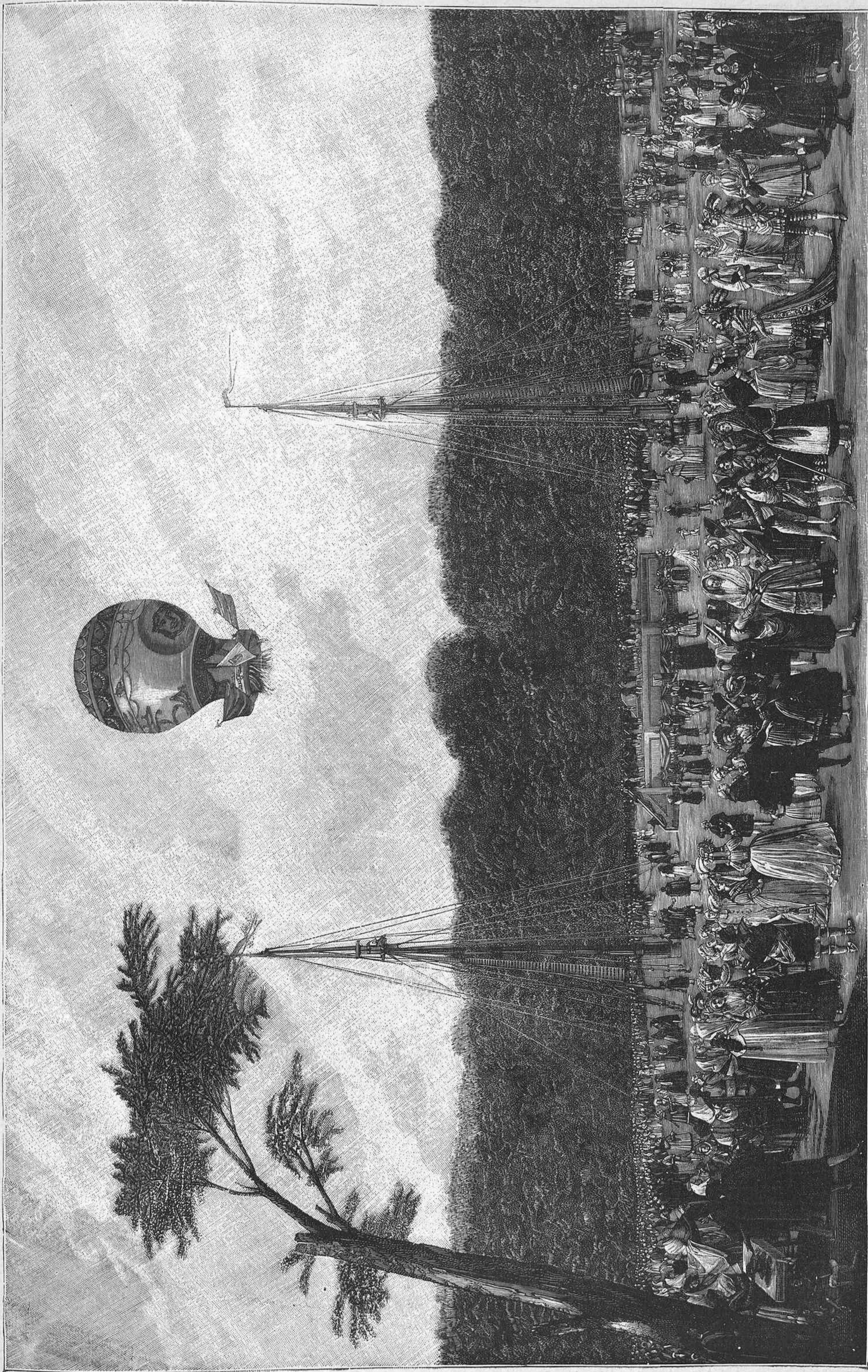
LOS DOS VUELOS DEL LUQUENSE

D. VICENTE LUNARDI

El domingo 5 de agosto de 1792 fué la temperatura de la villa y corte de 29 grados Reaumur á mediodía y un grado menos á las cinco de la tarde, hora en que principió en el coliseo de la calle del Príncipe la representación por las dos compañías de la comedia intitulada «El Barbero de Sevilla, de música,» según el anuncio inserto en el *Diario de Madrid*, que con privilegio real se publicaba en la imprenta de Hilario Santos. La función, que terminaba con un fin de fiesta, estuvo muy concurrida, como lo prueba la entrada, que fué de 6.196 reales, y durante ella hablaron, así los que estaban en palcos y lunetas como los que tenían asiento en la cazuela, de la gran novedad del día, que no la constitufan noticias de Francia, porque de lo que pasaba al otro lado de los Pirineos sólo sabían algo los personajes allegados al conde de Aranda, quienes hablaban en voz baja de los sucesos ocurridos en París el 20 de junio, día en que el populacho, armado de picos y capitaneado por el cervecero Santerre, había invadido las Tullerías y puesto el gorro frigio en la cabeza de Luis XVI; pero les consolaba la suposición de que pronto el duque de Brunswick haría entrar en razón á Dantón, Marat, Robespierre y á todos los de

su ralea. Lo que traía alborotados á los madrileños era el anuncio inserto en el *Diario* participando que el rey, nuestro señor, se había servido señalar la tarde del próximo domingo para que, rompiendo sables y tremolando banderas, volara en un globo aerostático el luquense D. Vicente Lunardi, práctico de estos vuelos, que había ejecutado varias veces y con felicidad en las cortes de Nápoles, Londres y otras partes. Como S. M. el rey D. Carlos IV había dado el globo á los reales hospitales General y de la Pasión con el piadoso fin de que los ingresos se emplearan en la curación de los pobres enfermos, el duque de la Roca era quien entendía en los pormenores de la función como hermano mayor del hospital, autorizando con su firma los boletines de entrada, cuyo precio se había fijado en 4 reales «para los que han de estar en pie;» las primeras sillas «por más inmediatas» costaban 24; las segundas sobre el «Parterre» 20, y los asientos de bancos 16; precios que indican la novedad y atracción del espectáculo.

El señor duque había tomado disposiciones muy atinadas para evitar la aglomeración, y entre otras cosas mandó que los coches se detuvieran en las puertas que había frente al Pósito y Juego de pelota, llamadas Glorieta y Aparicio, y que los volantes y gente de librea sin jaquetilla, ó chaquetilla, como decimos ahora, que fuese en los coches y estuviese provista



LOS DOS VUELOS DEL LUQUENSE DON VICENTE LUNARDI, copia de un cuadro de Antonio Carnicero, perteneciente á la colección de Ossuna

(Véase el artículo de D. Teodoro Baró)

de boletín, entrase por los mismos puntos. La puerta de Pobar estaba destinada á los que fuesen á pie, de militar, á cuerpo ó con capa, y á las mujeres de mantilla ó sin ella; advirtiéndose que las que la llevasen debían al entrar bajarla de la cabeza, y los hombres de capa quitarse el embozo. Se permitía el quitasol, pero con la obligación de cerrarlo á la hora de volar el globo. Los que no tenían boletín de asiento debían estar en pie detrás de las vallas alrededor del circo.

Cuando se supo que el globo estaba colgado en el Retiro y algunos privilegiados que lo habían visto dijeron que el «aparato químico» era muy curioso, vióse asediado el duque de la Roca por los que deseaban contemplar aquella maravilla que permitiría á Lunardi volar como los pájaros; y como las peticiones eran muchas y se ponía en la cosa extraordinario empeño, se resolvió conceder el anhelado permiso mediante una «voluntaria contribución» de dos reales, que pagaron del día 6 al 11 nada menos que 11.720 personas. Consignada la cifra, á nadie extrañará que el domingo 12 de agosto de 1792 se juntaran en el Buen Retiro 12.365 curiosos que compraron la entrada, además de los que de una ú otra manera se colaron sin pagar el boletín. Los ingresos que por los dos conceptos obtuvieron los hospitales ascendieron á 104.372 reales.

La temperatura fué de 26 grados Reaumur, que si bien no era extraordinaria para Madrid, debía resultar bastante molesta por haber caído el viento por la tarde. El concurso de ambos sexos y de todas clases fué tan numeroso como lucido y ofrecía de todos lados un espectáculo hermosísimo á la vista, según nos dice un papel público de la época. Allí estaban los petimetres, muy galanes, algunos provistos de anteojos que habían comprado en casa de Antonio Zera, que tenía su establecimiento en el cuarto bajo de la casa número 24 de la calle de Tudescos, con los cuales se proponían seguir á Lunardi en su vuelo; las damas de la aristocracia que estrenaban el vestido que les había hecho la modista Giraud, recién llegada de París, que se hospedaba en la calle de la Madera Alta, número 1, esquina á la del Escorial; las majas de rumbo, de alta peineta, basquiña de caireles y mantilla que parecía de espuma; los majos del Avapiés y los que al desgaire echaban la capa bajo el brazo contoneándose por Barquillo, Maravillas y el Rastro; lucían los militares sus uniformes, distinguiéndose los arrogantes guardias de Corps; no faltaba el maragato, acaparador del pescado; ni el gallego, que tras mucho meditar había resuelto gastarse la pesetina por ver la maravilla del vuelo; y el mismo aire caldeado por el sol de agosto respiraban la duquesa y la que vivía de la humilde tarea de rellenar morcillas y freir tarángana; el grave magistrado y el héroe de borracheras, rapiñas, gaterías y vituperios, que fatigaban las faltriqueras, las tabernas y los juegos. Tres bandas de música de los regimientos de infantería que guarnecían la plaza aumentaban la animación de aquel inmenso conjunto de luz, color y alegría, no turbado por ninguna preocupación, porque parecía que todos estaban satisfechos del presente y tenían la seguridad del porvenir. Para ellos el interés del universo mundo estaba en aquel *parterre* del Buen Retiro y en el globo que estaba colgado en medio y en su aparato «químico.» Por fortuna no se había inventado el teléfono, se desconocía el telégrafo y no se sospechaba que el vapor pudiese tener otro empleo que el de hacer bailar la tapadera del puchero en que hervían los garbanzos á los que ponía orondos el caldo de carnero y tocino; porque de no ser así, se hubiera sabido que dos días antes, el 10 de agosto de 1792, el populacho de París había invadido las Tullerías, degollado á los suizos y obligado á Luis XVI á refugiarse en la Asamblea, de donde salió para el Temple, que fué la antesala de la guillotina. También se hubiera sabido que al ver Luis XVI en la Asamblea al pintor David, que era diputado, le preguntó, por decir algo, si acabaría pronto su retrato, recibiendo esta grosera respuesta: «No retrataré jamás á un tirano, á no ser teniendo delante de mí su cabeza separada del tronco.» No fué este el único tumulto ni la única humillación que tuvo que sufrir el desgraciado monarca. Lo que el telégrafo no hubiera dicho es que después de haber presenciado con tristeza las sangrientas escenas del 10 de agosto, salió para Córcega un joven oficial de artillería, que aún no había cumplido veintitrés años, el mismo que hallándose el 20 de junio en la azotea de las Tullerías que da al río, al ver que las turbas ponían el gorro frigio á Luis XVI, exclamó indignado: «¿Cómo han dejado entrar á esa canalla? Con barrer unos cuantos á cañonazos los demás no pararían de correr.» De aquel joven no hubiera dado noticias el telégrafo, porque en tal época era perfectamente desconocido Napoleón Bonaparte, que así se llamaba, y á nadie importaba lo que decía ni lo que hacía.

Como no había telegramas, ni telefonemas, ni ferrocarriles, nada turbaba la placidez de los madrileños. Después de las cuatro se fueron quitando con el mayor sosiego y sin precipitación, que era como se hacían las cosas en aquel entonces, los toldos que cubrían el globo por la parte del Este, pues los del Oeste se habían retirado de antemano, y quedó con gran contentamiento de todos al descubierto el famoso aparato, si bien sujeto por medio de cuerdas para que no partiese en virtud del gas que llenaba como dos terceras partes de su capacidad. Cuando mayor era la animación hubo un movimiento general, cuya causa revelaron las músicas al tocar la marcha de infantes, y apareció en la puerta de salida del palacio que daba al *parterre* el príncipe de Asturias D. Fernando, que á la sazón contaba ocho años, acompañado de otras personas de la familia real, entre ellas el infante D. Antonio, el mismo que al noticiar á D. Francisco Gil y Lemus, como vocal más antiguo de la junta de gobierno, su marcha á Bayona después del 2 de mayo, terminaba: «Dios nos la dé buena. Adiós, señores, hasta el valle de Josafat.»

Sentadas las personas reales no se logró que hicieran lo mismo los espectadores de las sillas, á pesar de las protestas de los que estaban detrás, que querían ver lo que pasaba, y acabaron por levantarse todos, estirando el cuello y empujándose los de mediana y baja estatura. Los pocos quitasoles que quedaban abiertos se cerraron, y aunque nadie hablaba se oyó el zumbido que producen las grandes muchedumbres, que se convirtió en silencio cuando á eso de las cinco y media se vió que á una señal del duque de la Roca varios hombres sacaban con grandes precauciones á pulso el globo del paraje en que se había llenado y lo llevaban al centro del jardín, donde el capitán Lunardi ató y afirmó con los cordones de seda que colgaban del aro del globo la galería en que debía meterse, cuidando de equilibrarla con contrapesos y de poner en ella el lastre necesario. Dice el *Diario de Madrid* que la galería era á manera de un pequeño sofá con un asiento y su respaldo. Terminados estos preliminares, seguidos con ansiedad que echaba fuera los ojos, paralizaba la voluntad y apresuraba los latidos del corazón adonde afluyó en tropel la sangre, fué llevado el globo á lo alto del *parterre*, sitio más próximo á SS. AA. Renació el murmullo, que fué creciendo, diciendo todos los labios: «¡Ahora! ¡Ahora!» Y las miradas se fijaron en Lunardi, que acompañado del duque de la Roca fué al punto donde estaban el príncipe D. Fernando y el infante D. Antonio, á quienes besó la mano, haciendo el debido obsequio á las demás personas reales.

Eran las seis menos cuarto; el cielo estaba casi despejado y soplabá el aircillo del ESO. al NO. Subió el aeronauta á la galería, momento en que el rumor llegó al máximo de intensidad; pero el temor lo fué apagando, y á los pocos segundos sólo se oía el anheloso respirar de miles de personas, sobrecogidas del miedo. Lunardi se puso de pie sobre el asiento, apoyándose en el respaldo, dióse la orden de soltar las cuerdas. Las tres bandas tocaron «una marcha de gusto, compuesta en Londres, alusiva al objeto del vuelo, por el famoso Samuel Westley;» el globo se balanceó; se sostuvo el aeronauta en un solo pie sobre la galería, agarrándose con una mano, en la que llevaba una bandera, á uno de los cordones del aro; quitóse el sombrero, saludó á SS. AA. y al público y el globo se elevó, se elevó, y el murmullo se convirtió en un grito agudo arrancado por el espanto. Y todas las cabezas, desde las reales á las del aguador, se echaron atrás mirando á lo alto; los ojos dilatados, las bocas abiertas, las narices al aire. Tomó el capitán Lunardi la otra bandera y ambas las iba tremolando mientras el globo subía, subía; y cuando estaba «á media legua de altura perpendicular» arrojó una, y después que ascendió mucho más soltó otra, que tardó en llegar al suelo como unos cinco minutos, lo que prueba la inmensa elevación que tomó. El globo se achicaba, achicaba, hasta parecer un punto negro en el espacio y perderse completamente de vista. Eran las seis y cuarenta y cinco minutos. Aquella muchedumbre salió del Buen Retiro emocionada, maravillada, rogando muchos á Dios por el valiente Lunardi, tomando algunos la dirección del globo con paso atropellado, esperando darse el gustazo de presenciar el descenso. Y entre tanta gente, fácil es que estuviera un militar de alta graduación, joven de treinta y cuatro años, rostro apacible, sonrisa maliciosa, llamado D. Francisco Javier Castaños; un aragonés de facciones duras, conocido por Goya; un arrogante guardia de Corps llamado Godoy; Martínez, director de la compañía que actuaba en el teatro de la calle de la Cruz, acompañado de Joseph Morales, que se distinguía en el D. Lucas del Cigarral de la comedia, en aquel entonces llamada de figurón, titulada *Entre bobos anda el juego*; la garbosa Ro-

sario Fernández, actriz de fama conocida por la *Tirana*; Rita Luna, no menos célebre y aplaudida, que aparecía en los anuncios del teatro consignándose que era «sobresaliente de ambas compañías;» el diarista D. Pedro de Salanoba, y muchos otros personajes que lo eran entonces ó prometían serlo.

Según Lunardi, se elevó el globo cuatro millas y media, en cuya altura sintió el luquense mucho frío. Por medio de una paloma envió al duque de la Roca una carta escrita en los aires; pero el ave mensajera cayó en los hocicos de un incivil cerdo de donde otro congénere la tomó y de los de éste el porquero, en cuyas manos acabó de morir. La carta decía: «Excelentísimo señor: Me hallo muy bien, aunque con tanto frío que apenas puedo articular las manos. Estoy muy agradecido á V. A. Son ahora en mi reloj las 6 horas y 45 minutos. — Vicente Lunardi.»

Las gentes del lugar del Fresno vieron el globo, y pasaron de la extrañeza al susto y al terror en menos tiempo del que para decirlo se emplea; y creyendo que se trataba de cosa del otro mundo, echaron ellos á correr despavoridos y gritando y ellas chillando y llorando en busca cada cual del refugio de su casa. Sólo mostró ser hombre valiente un guarda de viñas, que echó mano á la escopeta para pegar un balazo al monstruo; pero pronto el valor se convirtió en susto que se le quedó en el cuerpo y el tiro en el arma. El vecino de Daganzo de Arriba Manuel de las Heras, llegó á divisar en lo alto del lugar el globo, sin darse cuenta al principio de lo que era; pero por haber leído el *Diario* que anunciaba el vuelo del capitán Lunardi ó por lo que fuese, sospechó que se trataba del maravilloso aparato para volar, empujado por el aire hacia Alcalá, y lo fué siguiendo con muchos vecinos que se le juntaron, hasta que el globo llegó al ras del suelo en el sitio llamado el Naípe. Hízoles señas Lunardi, se aproximaron perdido el temor, y como el aeronauta era hombre prevenido, sacó bizcochos y unas botellas de vino y á todos convidó y bebió también él, sin que más se necesitara para que diez y seis aldeanos asieran de la barquilla para impedir que volviera á subir, y sin que de ella se apease llegaron todos á Daganzo, cuyas casas quedaron desiertas, pues no hubo quien no saliera á la calle para presenciar espectáculo tan asombroso y nunca visto. Acudió la Justicia para evitar atropellos, sacóse el gas del aparato que fué doblado y guardado en la casa de la villa, y mientras los del pueblo se fueron á sus casas á cenar comentando el hecho, hizo otro tanto D. Vicente, á quien un sacerdote había proporcionado hospedaje en la de D. Pedro Fernández, donde cenó y durmió. Del descenso del globo se formó testimonio por el escribano del pueblo, en cumplimiento de las órdenes de los alcaldes del estado noble y del estado llano. No sufrió deterioro el aparato, pero sí la poesía, á la que aporrearón los escribadores de renglones cortos, llenando con sus majaderías las páginas del *Diario de Madrid*. Véase como ejemplo:

«Dió Lunardi en esta acción
de su valor evidencia,
testimonio de su ciencia,
y pruebas de su atención,
á la corte diversión,
á las aves susto y zelo,
á la física desvelo,
á la química certeza,
á lo grave ligereza,
y á los enfermos consuelo.»

El poder del consonante hizo en otra ocasión blancas las hormigas, y aquí consuela á los enfermos. El segundo vuelo del valiente Lunardi se verificó el martes día 8 de enero de 1793 para deleite de Sus Majestades, habiéndose fijado las once de la mañana para la partida; pero amaneció helada «el agua que había en las cubas y baños y también el mismo globo, sin embargo de las precauciones tomadas con éste, pues se tuvo tapado con tapices toda la noche» y hasta las doce y media no estuvo en disposición de volar. Las tropas de reales guardias españolas y valonas formaban cordón para que nadie se acercase al aparato, quedando el resto de la plaza de palacio para el numeroso concurso. Los balcones estaban llenos, y cuando llegó el momento salieron los reyes y demás individuos de la real casa con sus servidumbres á los del palacio. Ascendió el globo; pero á poco de pasar la altura de la real morada, una corriente le imprimió dirección contraria, con cuyo motivo se retiró la corte para verle desde otra parte; pero apenas quedó vacío el balcón, cuando el aire varió y lo volvió al punto de partida, «habiéndose dignado los reyes nuestros señores, que salieron de nuevo á la fachada principal, observarlo hasta que se perdió de vista, mostrando durante el espectáculo mucha satisfacción.» Y por si alguna han experimentado los lectores, ponemos punto por temor de convertirla en fastidio alargando este escrito, aunque mucho podríamos añadir. — TEODORO BARÓ.

AUGUSTO KEKULÉ

Con Kekulé, profesor de Química de la Universidad de Bonn, ha muerto uno de los creadores de la química moderna, pues pocos como él han contribuido al adelanto de esta importante ciencia. Para comprender bien lo que hizo es preciso considerar los elementos con que hoy en día la química cuenta: antiguamente bastaba conocer la composición de un cuerpo; en la actualidad se hace mucho más, pues se quiere saber, no sólo cuáles son los componentes, sino además cómo están combinados en una sustancia. La química moderna es química de estructura, y por esta razón, aparte de ahondar más en el conocimiento de la materia, se ha hecho creadora, pudiendo formar multitud de sustancias nuevas.

En la obra trascendentalísima de Kekulé destacan, sobre otros muchos, dos hechos de inmensa importancia: el descubrimiento de la tetradinamización del átomo de carbono, realizado en 1857, y la hipótesis emitida en 1865 acerca de la naturaleza de la bencina y de las combinaciones aromáticas que de ésta se derivan. Él fué quien demostró que el carbono es el elemento esencial en las combinaciones orgánicas y que en él se basa la estructura de las sustancias orgánicas y con esta demostración abrió el camino para la comprensión de muchas de aquellas combinaciones y obró una transformación completa en la enseñanza de la química orgánica.

La esencia y la importancia del segundo descubrimiento de Kekulé se comprenderán haciendo la historia del mismo. Desde hacía muchos años los quí-



El eminente químico alemán AUGUSTO DE KEKULÉ, fallecido en 13 de julio último

micos separaban de las sustancias, á menudo llamadas cuerpos grasos, multitud de combinaciones carbonosas. Estudiando aquellas combinaciones, que en 1860 tomaron el nombre de sustancias aromáticas, Kekulé determinó en ellas las siguientes propie-

dades: 1.ª, que son en proporción más ricas en carbono que las correspondientes combinaciones de la clase de cuerpos grasos; 2.ª, que entre ellas como entre éstos hay numerosas sustancias homólogas; 3.ª, que las más sencillas sustancias aromáticas contienen, por lo menos, seis átomos de carbono; 4.ª, que todos los productos de transformación de las sustancias aromáticas ofrecen cierta semejanza; y 5.ª, que estos productos pertenecen también al grupo de sustancias aromáticas. De estos hechos dedujo Kekulé la conclusión fundamental de que en todas las sustancias aromáticas hay un mismo grupo de átomos, es decir, un núcleo formado por seis átomos de carbono unidos en una cadena. Sobre esta ley descansa la revolución que Kekulé llevó á cabo en la química moderna y que tan admirables progresos ha hecho realizar á esta ciencia.

Augusto Kekulé nació en Darmstadt en 7 de septiembre de 1829, y en el laboratorio de Liebig, en Giessen, hizo sus estudios, terminados los cuales fué á París, en donde trabajó en los laboratorios de Dumas y Wurtz, y luego á Londres á perfeccionarse al lado de Williamson. En 1856 comenzó su carrera de profesor en Heidelberg, dos años después obtuvo el nombramiento de catedrático de Química en Gante, y en 1865 sucedió á Augusto Guillermo de Hofmann en la cátedra y dirección del nuevo Instituto Químico de Bonn.

Deja muchas y muy importantes obras, entre ellas el *Manual de Química orgánica* y la *Química de los derivados de la bencina*, que no ha podido terminar. - X.

LOS PEQUEÑOS ENAMORADOS

Narración original de CARLOS FRONTAURA

Una sencilla al par que tierna y conmovedora historia de dos jóvenes á quienes el cielo destina á amarse desde las mismas fuentes bautismales constituye el argumento de esta preciosa novela, en la cual su popular autor ha demostrado una vez más su inagotable inventiva, la galanura y lozanía de su estilo, y sobre todo que jamás descuida la sana moral que siempre ha campeado en sus obras.

Se vende en todas las librerías y centros de suscripción de España, en un tomo bonitamente encuadernado en tela, á 5 pesetas, y encuadernado á la rústica 4 pesetas.

SOR CLEMENCIA

NOVELA DE COSTUMBRES POR ENRIQUE PÉREZ ESCRICH autor del MANUSCRITO DE UNA MADRE Y DEL MÁRTIR DEL GÓLGOTA

El argumento de esta preciosa novela no está basado en una pura ficción; es una verídica historia que excita cada vez más el interés, según se van recorriendo sus páginas; es una de aquellas narraciones que conmueven y consuelan el alma al mismo tiempo; es un drama de la vida, de esos que encierran un gran

pensamiento filosófico y moral, á la par que una provechosa enseñanza.

Se vende en todas las librerías y centros de suscripción de España, en un tomo bonitamente encuadernado en tela, á 5 pesetas, y encuadernado á la rústica 4 pesetas.



UNGUENTO ROJO MÉRÉ
DE CHANTILLY
CURACION SIN TRAZAS
DE LAS ENFERMEDADES DE LAS
PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS

Frasco: 5fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOGES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et Cie B^{te} St-Denis, 16

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociación de la **Carne, el Hierro y la Quina** constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la *Clorosis*, la *Anémia*, las *Menstruaciones dolorosas*, el *Empobrecimiento* y la *Aiteracion de la Sangre*, el *Raquitismo*, las *Afecciones escrofulosas y escorbúticas*, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el *Vigor*, la *Coloracion* y la *Energia vital*.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRE, Farm^o, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.— PREGIO: 12 REALES.
Baigr en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigr en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abaholes, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

HISTORIAS Y TRADICIONES. - A GRANDEL, por Victor Balaguer. - La colección de obras completas del ilustre literato catalán acaba de aumentarse con estos dos tomos, á cual más notable: contiene el primero, como su título indica, varias tradiciones y recuerdos históricos referentes á Medina del Campo, El Castillo de la Mota, Las ruinas de Fres del Val, El cuento del Cid, La cartuja de Montalegre, La danza de las Morratxas, La torre de los encantados, Sitjes la Blanca y El castillo de la Selva, narraciones bellísimas, avaloradas por un estilo elegante que aumenta los encantos del interés dramático que en todas ellas domina. El tomo A grandel viene á ser la continuación del anterior, y como él lo forman algunas historias, tradiciones, recuerdos, notas de viajes, leyendas, impresiones, memorias, cuentos, entretenimientos y biografías. Innecesario nos parece, tratándose de escritor tan justa y unánimemente celebrado, hacer un elogio detallado de estas obras y recomendar su adquisición á las personas amantes de la buena literatura: el nombre de D. Victor Balaguer es la mejor garantía de la bondad de los dos libros, y por lo mismo



¡POBRES PADRES!, cuadro de C. E. Stewart

nos limitaremos á consignar que ambos son de lectura tan agradable y entretenida que quien los lea tiene la seguridad de pasar más de un buen rato. Estos dos tomos, cuyos productos íntegros se destinan, como el de todas las obras de la colección, al sostén y fomento de la Biblioteca-Museo Balaguer de Villanueva y Geltrú, se venden elegantemente encuadrados á seis pesetas cada uno.

SERMÓN DE LA ANUNCIADA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN, por el Dr. D. Marcelo Macías y García. - Este sermón fué pronunciado en la iglesia de la Compañía de la ciudad de Santiago el día 25 de marzo último con motivo de la solemne función que los jóvenes congregantes de la Anunciada y de San Luis Gonzaga consagraron á su excelsa Patrona: en él se admira tanto la profundidad y belleza de los conceptos cuanto la elevación y elegancia de la frase, pudiendo citarse esta oración sagrada como modelo en su género, así por su fondo como por su forma. El sermón, impreso en Santiago, en la imprenta de la Gaceta de Galicia, ha sido publicado á expensas de la congregación citada, que ha querido expresar de este modo su admiración y su gratitud hacia el Padre Macías.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK
Estreñimiento,
Jaqueca,
Malestar, Pesadez gástrica,
Congestion
curados ó prevenidos.
(Rótulo adjunto en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY
Y en todas las Farmacias.

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos.
Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Fermo, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma **AROUND**

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Selne.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
y toda afección Espasmódica de las vías respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata
J. FERRÉ y C^{ie}, Fermo, 102, R. Richelieu, Paris

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT** DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONS DE LOS MENSTRUOS
FABRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN